

SERVICIO
SECRETO

SS

LA PRINCESA Y EL PESCADOR

Clark Carrados



Recostado lánguidamente en la plataforma del catamarán, Rupert Black dejaba acariciar su cuerpo desnudo por el sol y la brisa marina, mientras la embarcación se balanceaba suavemente sobre un mar que casi parecía un espejo.

Ni una sola nube empañaba el azul del cielo. Al pie del mástil, Black tenía un cajón con provisiones y una nevera portátil, que contenían hielo y bebidas. Para cualquier observador neutral, Black era un hombre que había salido a alta mar, a disfrutar de unas jornadas de descanso, pescando de cuando en cuando... Si los peces se dignaban a acercarse al anzuelo que pendía de una caña sujeta a uno de los costados de la embarcación de doble casco.



Clark Carrados

La princesa y el pescador

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1570

ePub r1.0

Lds 29.01.19

Título original: *La princesa y el pescador*

Clark Carrados, 1980

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Recostado lánguidamente en la plataforma del catamarán, Rupert Black dejaba acariciar su cuerpo desnudo por el sol y la brisa marina, mientras la embarcación se balanceaba suavemente sobre un mar que casi parecía un espejo.

Ni una sola nube empañaba el azul del cielo. Al pie del mástil, Black tenía un cajón con provisiones y una nevera portátil, que contenían hielo y bebidas. Para cualquier observador neutral, Black era un hombre que había salido a alta mar, a disfrutar de unas jornadas de descanso, pescando de cuando en cuando... Si los peces se dignaban a acercarse al anzuelo que pendía de una caña sujeta a uno de los costados de la embarcación de doble casco.

La vela mayor estaba aferrada y el catamarán se desplazaba muy lentamente merced al foque, desplegado sólo parcialmente. En realidad, a Black le importaba muy poco la pesca y menos aún el descanso y la tranquilidad de aquella zona del Atlántico, a casi noventa millas de la zona meridional de Florida.

Adosado al palo, de tal modo que parecía formar parte de su estructura, Black tenía un curioso artilugio, basado en el sistema de los periscopios de los submarinos, por medio del cual, sin adoptar actitudes sospechosas, podía vigilar la isla que se hallaba a milla y media de distancia.

El periscopio, dotado de mando de aumento de las imágenes, le permitía captar los detalles de la isla, reduciendo las distancias a la décima parte. Las imágenes captadas por el objetivo eran proyectadas en una pequeña pantalla, no mayor que una tarjeta postal, con una sorprendente nitidez. Hasta el momento, Black no había podido ver nada que le resultara interesante.

La isla no era muy grande. Vista desde el punto en que se

encontraba, parecía un cono volcánico que emergiera directamente de las profundidades marinas, con pendientes relativamente suaves. Pero no había cráter volcánico en la cima, sino un agudo pico, de afilados contornos, que remataba la topografía como un puñal construido por la naturaleza cientos de millones de años atrás.

De pronto, vio aparecer ante sus ojos las imágenes de algunos edificios, situados a unos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Pero no tuvo mucho tiempo de contemplar aquellas construcciones.

Una potente lancha motora, con cabina, navegaba a buena marcha hacia la isla. Black se dio cuenta de que la embarcación cortaría la estela del catamarán, a menos de cien metros de distancia.

Arriba, en la timonera situada sobre la cabina, iba una mujer, con las manos en la rueda. Black pudo captar el destello de su rubia cabellera, parcialmente suelta, agitada por el viento como una pequeña bandera de combate.

Sintióse tentado de sacar los prismáticos para observar mejor a la bella desconocida, pero no quiso hacerlo. En la isla había siempre gente vigilando los alrededores. Si le veían unos prismáticos, podían sospechar de él.

La motora estaba ya justamente en la línea de popa del catamarán. Entonces fue cuando se produjo la explosión.

Black se quedó boquiabierto al ver surgir el chorro de llamas en la parte de popa, junto con grandes fragmentos de la estructura y espesas nubes de humo. Completamente destrozada en la mitad posterior, la motora se fue a pique en contados segundos.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido ahí? —exclamó.

Instintivamente se puso en pie y corrió hacia la popa, a fin de ver si podía auxiliar a la mujer. No tenía motor auxiliar en el catamarán, por lo que no tenía sentido izar la vela mayor e iniciar un viraje en redondo. Pasaría mucho tiempo antes de que consiguiera hacer una maniobra eficaz con el catamarán.

De pronto vio emerger una cabeza entre los restos del naufragio.

—¡Se ha salvado! —exclamó, lleno de júbilo.

La desconocida nadaba hacia la embarcación. Black desató un salvavidas, provisto de un largo cabo, y se dispuso a arrojársele.

—¡Animo, no se afloje! —gritó.

Ella agitó el brazo izquierdo un instante, como para darle a

entender que le había visto.

Casi en aquel instante, Black divisó algo que heló la sangre en sus venas.

—¡Aprisa, aprisa! —bramó, mientras volteaba el salvavidas por encima de su cabeza, para darle mayor impulso.

La mujer aceleró el ritmo de sus brazadas. Black se sintió enfermo al ver la aleta triangular que surcaba velozmente las aguas, en busca de su presa.

El tiburón nadaba oblicuamente. Saltaba a la vista que conseguiría cortar el paso a la mujer antes de que ésta pudiera alcanzar el lugar de su salvación. No había más que una salida y Black la adoptó instantáneamente.

Sujeto a uno de los flotadores había un largo arpón, con un lado de la hoja sumamente afilado. Arrancó el arpón de un tironazo y, sin ruido, se dejó caer al agua.

Ella observó la maniobra, llena de extrañeza. Entonces fue cuando, al volverse un poco, divisó la aleta que se le acercaba con aterradora velocidad.

Mientras Black estaba ya bajo las aguas, cuya perfecta transparencia permitía ver a gran distancia. El tiburón, apreció, no se había dado cuenta de su maniobra, cegado por la presa que ya creía tener segura.

Nadó sin ruido, saliendo al encuentro de la fiera del mar. Desde su posición podía ver el cuerpo de la mujer y el blanco vientre del escualo, ya a muy pocos metros de su objetivo. Súbitamente, taloneó hacia arriba con todas sus fuerzas, a la vez que alargaba sus brazos. El arpón se hundió a un palmo escaso de la bocaza del monstruo. Black movió las manos y la hoja rasgó casi por completo el blando vientre del monstruo, que inmediatamente empezó a debatirse con frenéticos coletazos. Torrentes de sangre brotaron por la espantosa herida, junto con las vísceras. Black emergió un momento, tomó aire y se hundió de nuevo, para lanzar un segundo y definitivo golpe con el arpón, que hundió a fondo a través de las terribles mandíbulas del escualo.

Luego se retiró, sin dejar de vigilar al monstruo, que no sentía ya ningún interés por la caza de presas para su alimento. Momentos después, divisó sobre su cabeza uno de los flotadores del catamarán y ascendió casi verticalmente. Al asomar la cabeza, comprobó con

satisfacción que la desconocida se hallaba ya a bordo.

* * *

Black se dejó caer sobre la plataforma y contempló unos instantes a la joven, que tenía los cabellos pegados a las sienes. La blusa totalmente empapada, se adhería al cuerpo, señalando las reveladoras curvas de sus senos, firmes y de atractivos contornos. El resto de la indumentaria eran unos *shorts* de color blanco, que dejaban al descubierto unas piernas largas y bien torneadas. No llevaba calzado, seguramente perdido al hundirse en las aguas.

Ella sonrió.

—Me ha salvado la vida —dijo.

—Los dos hemos tenido suerte —contestó Black, pasándose una mano por el pelo chorreante—. ¿Cómo ha podido estallar su lancha, señora?

—Lo mismo que hubiese estallado su catamarán, si alguien le hubiese puesto una bomba.

Black abrió la boca.

—Ha dicho una bomba...

—Exactamente.

—Oh, perdone... Soy Rupert Black. No me di cuenta...

—Me llamo Alicia Wilkins-Hall —se presentó la joven, que no debía de tener más de veinticinco años, a lo sumo—. Señor Black, mientras viva, le estaré eternamente agradecida.

—Era mi obligación —contestó él llanamente—. Pero antes dijo algo acerca de una bomba...

—Es la única explicación posible —respondió Alicia.

—Pero ¿por qué? ¿Quién desea su muerte? —De súbito, Black frunció el ceño—. Oiga, ha dicho Wilkins-Hall... ¿De Wilkins-Hall Enterprises & Chemical Researchs?

—Justamente —corroboró la joven—. «Yo» soy la E. C. R., como se denomina a la compañía abreviadamente.

—Me siento admirado —confesó él—. Y ¿qué hacía usted solita por estos parajes, a noventa millas del sudeste de Miami?

Alicia señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Iba allí —dijo.

—¿A Summit Island?

—En efecto. ¿Ha oído hablar de Otis Throsher? Black emitió una amarga carcajada.

—Por desgracia, he oído hablar demasiado de ese... ¿Es familiar o amigo suyo? Porque, en caso contrario, iba a decir cuatro lindezas de ese sujeto.

—Puede decir todo lo que guste de Throsher, y no se detenga por estar delante de mí —sonrió Alicia—. Pero creo que lo haría mejor si se pusiera algo, señor Black.

El joven respingó. Se levantó de un salto y corrió al pie del mástil, donde tenía unos pantalones cortos, que se puso de inmediato.

—Dispénsame, estaba solo y no contaba con tener que salvar a una dama en apuros —dijo.

—No se preocupe; muchas veces, yo también me pongo en traje de Eva —rió la joven.

—Le daré algo de beber; estoy tan aturdido, que no me he acordado... ¿Cerveza? ¿O prefiere un refresco?

—Cerveza, gracias.

Black sacó dos latas y entregó una a Alicia. Luego se acuclilló frente a ella.

—Si quería ver a Throsher, es evidente que se han frustrado sus propósitos —dijo—. Lo lamento infinito, señorita; yo también quiero ver a ese individuo, pero no en estos momentos.

—¿Qué le pasa con Throsher? Es decir, si no es indiscreción.

—Oh, no tiene importancia, salvo para mí, claro. Me debe cincuenta mil del ala y se niega en redondo a pagarlos. Estoy buscando la manera de cobrarme la deuda —el rostro de Black se endureció—. Es posible que no cobre jamás ese dinero, pero le puedo asegurar de que llegará el día en que Throsher lamente no haber querido pagarme.

—Es un tipo un poco especial, en efecto, por calificarle de algún modo —convino la joven—. Sólo así se comprende la bomba en mi motora.

—Usted también tiene problemas con él, ¿eh?

—Así es, señor...

Black levantó una mano.

—Alto —dijo—. Llámeme Rupp. Olvídense de los tratamientos.

—De acuerdo, siempre que corresponda —sonrió ella.

—Muy bien, Alicia. No le preguntaré por sus problemas con Throsher, pero sí debo decirle que, si quiere verlo, tendrá que buscar otro procedimiento. Por ahora, no puedo poner rumbo a Summit Island.

—En cierto modo, no tengo demasiada prisa. Sólo quería hablar con Throsher para poner en claro ciertos extremos. Hubiera preferido la entrevista personal, pero puesto que he fracasado, se lo diré por radio-teléfono cuando lleguemos a Miami.

—Muy bien, en tal caso, suspenderé la jornada de pesca. Tardaremos diez o doce horas en llegar a puerto, Alicia.

—No tengo prisa, Rupp —contestó ella, con graciosa sonrisa.

—Entonces, izaré la vela mayor y...

Black se calló de repente. Ella le miró, intrigada, y vio que tenía los ojos fijos en un punto determinado. Al volverse, divisó una lancha motora que se dirigía a ellos a toda velocidad.

Inmediatamente, se puso en pie. Black frunció el ceño.

—Alicia, tengo la sensación de que vamos a posponer la vuelta a Miami por tiempo indefinido —dijo.

—Sí, soy de su misma opinión —convino ella con voz neutra.

La proa de la embarcación despedía a ambos lados dos enormes masas de espuma blanca. Junto al timonel, en la parte superior de la cabina, podían divisar ya a un individuo que les apuntaba con una pistola ametralladora.

—Rupp, ¿tienes algún arma a bordo? —preguntó Alicia—. No me gustaría entregarme como una oveja...

Black meneó la cabeza.

—Sólo una navajita —contestó sombríamente.

El piloto de la motora maniobró diestramente, situándola al costado del catamarán.

Había otro hombre al lado en la borda, armado con un revólver de seis tiros.

—¡Vamos, pasen a bordo! —ordenó.

Black quiso ayudar a la muchacha, pero ella actuó con sorprendente agilidad y saltó a la cubierta de la otra embarcación. El hombre del revólver, cuando tuvo a los dos prisioneros a bordo, lanzó una orden:

—¡Ewin, perfora los flotantes de ese maldito cacharro y envíalo al fondo del mar!

La ametralladora tableó sonoramente. Black se mantuvo impassible, mientras las balas llenaban de agujeros los flotadores de su embarcación.

—Añadiré a la factura pendiente el valor del catamarán —
masculó entre dientes.

CAPÍTULO II

Escortados por el hombre del revólver, entraron en un vasto despacho, situado a cincuenta metro sobre el mar, desde el que se divisaba una vista excepcional. Una de las paredes era sólo cristal y junto a ella, sentado en un enorme sillón, había un hombre monstruosamente gordo, frente a una descomunal bandeja repleta de toda clase de manjares.

Los menudos ojillos de hombre, casi ocultos bajo la grasa de los párpados, chispearon al reconocer a sus dos prisioneros.

—Vaya, vaya, esto si que es una doble sorpresa —dijo, con voz ridículamente aflautada—. Dos pájaros de un tiro... el audaz y valeroso Rupert Black y la hermosa y adinerada Alicia Wilkins-Hall. Ni en mis sueños más optimistas se me habría ocurrido suponer que un día podría tener frente a mí a dos de mis enemigos más conspicuos.

Black levantó una mano.

—Perdón —rogó cortésmente—. En lo que a mí concierne, no soy su enemigo, sino su acreedor. Págueme lo que me debe y le olvidaré como si jamás hubiese existido.

—Ni lo sueñe, bastardo ladrón —contestó Throsher coléricamente.

—Muy bien. Entonces, a menos que ordene que me maten, le haré pagar esa deuda, un día u otro... y de una forma u otra.

—Veremos —rió Throsher despectivamente—. En cuanto a usted, mi encantadora «princesa del dólar», ¿puedo saber cuáles son sus intenciones?

—Hubiera podido usar el radio-teléfono, pero preferí venir a decírselo personalmente.

Y lo que tengo que decirle es muy breve: No.

Throsher no pareció inmutarse. De nuevo volvió a reír, mientras asía una tostada repleta de mantequilla.

—Ya no me importa su respuesta —dijo—. A decir verdad, hubiera preferido que los tiburones acabasen con usted. Mejor todavía, debió haber muerto con la bomba, pero el que la puso no calculó bien. ¿Phil?

El hombre del revólver, silencioso hasta entonces, dio un paso adelante.

—¿Señor?

—Envía un mensaje a Miami, cuando hayamos terminado esta conversación. No me gusta la gente que fracasa. El hombre que puso la bomba no debe poner más bombas en ninguna parte.

—Así se hará, señor —contestó Phil Broxton.

—De modo que sabía que yo iba a venir a verle —exclamó Alicia furiosamente.

—Claro —contestó Throsher—. Cuando pongo mi interés en una persona procuro que no de un solo paso sin que yo esté enterado.

—Y ha querido solucionar sus dificultades, enviándome al fondo del mar.

—Sabía de antemano cuál sería su respuesta a mi petición. Por lo tanto, me prepararé adecuadamente. No podía hacerlo en Miami; hubiera resultado demasiado escandaloso. Pero ese condenado entrometido, con su maldito catamarán...

—¿Se refería a mí? —dijo Black cortésmente.

—Usted es también otro estorbo y voy a quitármelo de en medio —dijo Throsher coléricamente.

Agarró la segunda tostada y la mordió con furia. Black contempló la bandeja repleta y meneó la cabeza.

—Así no perderá grasas —sonrió.

—Eso es cuenta mía —repuso Throsher con la boca llena, espurreando de migas la bandeja.

Alicia apartó la vista a un lado. Black procuró mirar a través del ventanal, desde el cual se divisaba el pequeño puerto artificial en donde había varias lanchas, un yate de regulares dimensiones, y dos hidroaviones, uno anfibio, bimotor, para doce plazas, con casco de canoa, y otro, más liviano, monomotor, de ala alta, con cabina cerrada, capaz para cuatro plazas y con flotadores tipo zapato.

«Está muy bien provisto de todo tipo de transportes», pensó

Black.

La puerta de la estancia se abrió de pronto y una mujer entró silenciosamente. Era joven, muy alta y delgada, pero con formas sumamente atractivas. Vestía una túnica blanca, corta, sin mangas, y sus cabellos largos, negros y lisos, caían sobre la espalda desnuda.

La mujer miró indiferente a los dos prisioneros. Black procuró mantener su serenidad.

«¿Qué diablos hace aquí esta prójima?», se preguntó. Throsher agarró una pata de pollo y empezó a mordisquearla.

—Edwina —dijo, dirigiéndose a la recién llegada.

—¿Sí, Otis?

—Mira bien a esta pareja. Ahora los ves guapos, atractivos, con aspecto muy agradable. ¿Los ves?

—Perfectamente, Otis.

—Mañana a estas horas, sólo verás sus esqueletos. ¿Phil?

—Diga, señor —contestó Broxton.

—Llévalos a la cueva de los cangrejos.

—Bien, señor.

Throsher sonriente miró a sus prisioneros.

—Lo siento, pero... Bueno, qué diablos es eso de «lo siento»... No, no lo siento. Me alegra infinito acabar con ustedes dos.

—Señor Throsher, aunque yo muera, usted no podrá hacerse con el control de la

E. C. R.

—dijo Alicia fríamente.

—Ya lo veremos... Bueno, usted no lo verá. Pero la

E. C. R.

acabará por ser mía. Cuando quiero algo lo consigo —contestó el gordo tranquilamente. Agitó una mano—. Vamos, Phil, llévatelos de una vez.

—Sí, señor.

—Espere un instante, por favor —rogó Alicia.

Throsher la miró con curiosidad. Ella dio dos pasos. En la bandeja, había una enorme copa, repleta de helado. Agarró la copa con ambas manos y aplastó su contenido contra la grasienta cara del sujeto.

A pesar de la crítica situación en que se encontraban, Black no pudo evitar una estridente carcajada. Alicia se volvió y le miró

sonriente, a la vez que levantaba ambas manos juntas, por encima de su cabeza, en señal de triunfo.

Black miró a Edwina. La joven permanecía seria, pero había risa en sus profundos ojos negros.

El revólver de Broxton se apoyó en sus riñones.

—Vamos, salgan —ordenó.

Throsher aullaba como un energúmeno. Edwina buscó una servilleta y se puso a limpiarle la cara. Fuera del despacho, dos individuos armados con sendas pistolas ametralladoras, se colocaron a los flancos de los prisioneros.

—¿Adónde vamos, Phil? —preguntó uno de los esbirros.

—A la cueva de los cangrejos —contestó Broxton.

* * *

Había dos viejas anillas encastradas en una de las paredes rocosas, y los cautivos quedaron sujetos a ellas, por sendas cuerdas. Además, tenían atadas las manos en la espalda.

—No es una muerte agradable —dijo Broxton, al terminar la operación—. Quizá acaben antes, cuando les cubra la marea. Pero en este mundo nadie vive eternamente.

—Algún día le diré lo mismo, Phil —contestó el joven, sin perder la calma. Broxton se encogió de hombros.

—Adiós —fue su lacónica despedida.

Black y Alicia quedaron a solas en el interior de la cueva. El suelo era de arena finísima. A veces, las olas mojaban los tobillos. Pero la marea no tardaría en subir. Los cangrejos acudirían entonces...

—Rupp —dijo ella, una vez solos.

—¿Qué hay? —contestó Black.

—¿No se te ocurre alguna idea para salir de este apuro?

—Me han registrado a fondo. Ni siquiera tengo la navaja. Alicia forcejeó un poco.

—Las ligaduras son muy fuertes y los nudos están hechos a la perfección —manifestó.

—Hay rocas más o menos afiladas. Será cuestión de empezar a frotar las cuerdas. Aunque me pregunto si lo conseguiremos, ¿cómo escaparemos de aquí?

—Oh, ése no es problema —repuso Alicia sorprendentemente serena—. Lo que interesa es soltarnos, Rupp.

Una de las cuerdas pasaba por el cuello y estaba atada a la anilla que quedaba a un par de palmos por encima de su cabeza. No podía alejarse más de un paso, sin correr el peligro de morir por estrangulación.

Empezaron a frotar las cuerdas contra las rocas, aunque Black se dio cuenta muy pronto de que iba a ser una tarea muy dura.

—Quizá no dispongamos de tiempo suficiente —dijo, pasados algunos minutos.

—A pesar de todo, no podemos quedarnos con los brazos cruzados —contestó ella. Black soltó una risita. Alicia se dio cuenta del desliz y rió también.

—Era sólo una metáfora —añadió—. Rupp, ¿cuál es tu problema con Throsher?

—Debo admitir que acepté un trabajo sucio. Pero necesitaba el dinero.

—¿Trabajo sucio? ¿Un asesinato?

—No. Un robo. Me engañó; los documentos que estaban en aquella caja de caudales no le pertenecían, como me dijo. Pero lo supe demasiado tarde.

—Y luego no quiso pagarte...

—Me dio sólo cinco mil dólares. Hicimos el trato por cincuenta mil. Entonces le dije que algún día me lo pagaría, pero calculé mal.

—Si no hubieras tenido que salvarme, aún seguirías a bordo de tu catamarán y no estarías aquí —dijo ella.

—No lo lamento —respondió Black—. Entonces no sabía lo que iba a suceder. Claro, que, de todos modos, hubiera hecho lo mismo; no podía permitir que aquel tiburón se diese un banquete con esas piernas tan bonitas.

Alicia sonrió.

—Me gusta tu sentido del humor, Rupp —dijo—. Si salimos de ésta, procuraré demostrarte mi agradecimiento con algo más de unas simples palabras.

—No te preocupes por el futuro; el presente es verdaderamente oscuro —respondió él, mientras contemplaba el cauteloso avance de un cangrejo de descomunal tamaño, por encima de la arena.

Alicia fijó la vista en la bestezuela. Rupp dejó que el crustáceo se

le acercara, y cuando ya movía las pinzas para morder su tobillo, alzó el pie y lo aplastó de un violento taconazo.

—Vendrán más —vaticinó ella lúgubrementemente.

—Sigue frotando las cuerdas —indicó Black.

Llegó una ola y les mojó las rodillas. Varios cangrejos empezaron a moverse sobre la arena.

Alicia alejó dos crustáceos con sendos puntapiés. Black aplastó otro.

El nivel de las aguas empezó a subir inexorablemente. Más y más cangrejos acudían de todas partes. Black empezó a sentir escalofríos, llevaban una hora frotando contra las rocas y la cuerda no daba señales de haber sufrido apenas deterioro.

Los cangrejos pululaban ya por todas partes. Black gritó una vez al sentir una mordedura en su pantorrilla. Agitó la pierna con violencia y el crustáceo voló, despedido a gran distancia.

Súbitamente, de una forma por completo inexplicable, los cangrejos se dispersaron a toda velocidad.

—¿Qué pasa? —exclamó Alicia—. ¿Por qué se marchan?

Algo asomó fuera de las aguas, agitándose con estremecedoras ondulaciones. Si antes había sentido pánico, ahora se puso enferma al ver el tentáculo del pulpo que había surgido del fondo de los mares y amenazaba con atacarles sin piedad.

CAPÍTULO III

Alicia creyó desmayarse. Otro tentáculo serpenteó en el aire. Por un momento, el cuerpo del pulpo, con sus dos malignos ojos, brillando ominosamente, quedó al descubierto. Las aguas se retiraron un instante y Black pudo ver la boca pico, que se abría y cerraba espantosamente.

Los tentáculos medían más de dos metros. ¿Por qué había llegado el octópodo a aguas tan poco profundas?, se preguntó.

El animal, no menos inesperadamente que al principio, retrocedió y se hundió en el mar. Black exhaló un suspiro de alivio.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. Nunca había visto cosa tan horrible.

Black se movió lateralmente. Entonces, de forma sorprendente, descubrió algo que le hizo concebir esperanzas de salvación.

El lazo que rodeaba su cuello se había aflojado un tanto. Con grandes precauciones, movió la cabeza a un lado y a otro, y de pronto quedó libre.

—Alicia, voy a por ti —exclamó.

Ella le miró como si no diera crédito a lo que estaba viendo. Black se acercó a su cuello y, con los dientes, aflojó el lazo. Alicia quedó también libre.

—Esto ya es algo —sonrió Black.

—Podemos retirarnos al fondo de la cueva, Rupp —sugirió la muchacha.

—No serviría de nada; el agua la llenará por completo con la marea alta. Ven, sígueme. Black buscó una roca apropiada y empezó a trepar con grandes dificultades, debido a que no podía utilizar las manos.

Alicia le siguió y pronto estuvieron en un punto lo

suficientemente alto, como para no temer los ataques de los crustáceos.

—Espero que no vengan antes de tiempo —dijo él, mientras sentado en el suelo, frotaba tenazmente sus ligaduras contra el saliente rocoso.

Una vez miró al cielo. El sol estaba ya a punto de ponerse.

—Alicia, cuando nos hayamos soltado, esperearemos a la madrugada. La vigilancia se habrá relajado y podremos apoderarnos de una lancha —dijo.

—No, no haremos eso —contradijo la muchacha—. Nos alcanzarían muy pronto.

—Entonces...

—Ya lo verás. Sigue, Rupp.

Esta vez, Black había podido elegir a gusto la roca y el filo pétreo terminó de cortar las ligaduras. Al soltarse, exhaló un suspiro de satisfacción, mientras se frotaba las muñecas.

—Alicia, vuélvete —pidió.

La muchacha obedeció. Black deshizo los nudos y ella quedó también libre. Black sonrió.

—Me parece que a los dos nos gustaría ajustar las cuentas a ese bergante —dijo.

—Estás en lo cierto, pero no se me ocurre nada. Aparte de que aquí, en la isla, no podremos. Tenemos que hacerlo desde el exterior.

—Es lo que pensé yo cuando emprendí la operación de «pesca».

—¿Pesca? No te entiendo. Creí que vigilabas la isla...

—Y así era. Trataba de pescar pruebas.

—Contrabando, ¿eh?

—Todas las semanas, el yate de Throsher zarpa de Miami a la isla. Está veinticuatro horas y regresa. Siempre trae algo y lleva algo. Eso es lo que me interesa averiguar.

—¿Drogas?

—Pienso que todo lo que pueda producir beneficio. Drogas, piedras preciosas, obras de arte... y, seguramente, exportan armas, que también deben de dejarle buenos beneficios.

—Eso podría costarle muy caro, si se descubriese —apuntó Alicia.

—Ahí está el *quid* de la cuestión: descubrir sus trapicheos. Y no

será fácil, te lo aseguro. Alicia levantó la vista al cielo.

—Todavía faltan muchas horas —dijo.

—No tenemos prisa. Oye, ¿para qué puede querer la E. C. R.

un hombre como Throsher?

—Aparte de que es una empresa enormemente rentable, aparecer a los ojos de la gente como su primer accionista y, por tanto, prácticamente el propietario, le daría un aire de respetabilidad y honorabilidad del que ahora carece. Pero, además, si ahora ya trafica en drogas, convirtiéndose en el propietario de la empresa, su negocio se haría enormemente superior. Puede decirse que llegaría a ser el dueño del monopolio de las drogas en el país.

Black silbó.

—Eso supone un volumen de cientos de millones de dólares —dijo.

—Y algo más valioso aún que el dinero. ¡El poder!

—Sí —convino el joven pensativamente—. Ya es un hombre poderoso, pero de esta forma su poderío no conocería límites. Alicia, ¿qué armas tiene Throsher para conseguir el control de la E. C. R.?

—Las tenía, porque creyó que yo iba a ceder al chantaje y vender mi paquetes de acciones por una cifra ridícula. Me costó mucho llegar a una decisión, pero al final me dije que no merecía la pena ceder a sus pretensiones, por muy gordo que fuese el escándalo que sus revelaciones pudieran provocar.

—Ah, se trata de un escándalo. Ella le miró serenamente.

—Rupp, en este mundo, todos cometemos errores. Lo que importa realmente es tomar ejemplo, para no caer de nuevo en la misma situación.

—Sí, tienes razón. Pero ahora somos dos y podemos ayudarnos recíprocamente. ¿Tienes alguna idea, Alicia?

—De momento, regresar a Miami. Hablaré con mis abogados y haré testamento. Si muero, toda mi fortuna irá a parar a entidades benéficas. Así, Throsher no podrá apoderarse de la

E. C. R.

—Buena idea.

—Y tú, ¿qué planes tienes? Black entornó los ojos.

—He fracasado en esta intentona, pero me parece que darle unos

cuantos golpes que le piquen no estarían mal —contestó.

—¿Por ejemplo?

—El yate. Lo asaltaré cuando llegue a puerto y trataré de encontrar la mercancía de contrabando.

—Y lo denunciarás a la policía.

—Exactamente.

—Pero estará muy vigilado.

—Ya encontraré la manera de abordarlo, no te preocupes. Ahora, si no tienes inconvenientes, dime cómo vas a salir de la isla, puesto que has vetado el viaje en lancha.

—Hay dos aviones. Usaremos el más pequeño. Black respingó.

—Pero, Alicia, yo no sé pilotar...

—Yo sí —contestó ella con encantadora sonrisa.

De pronto, un pie humano hizo rodar una piedra en las inmediaciones. Rápido como el pensamiento, Black se arrojó sobre la muchacha y la hizo tenderse en el suelo.

—Silencio —cuchicheó.

Tendidos detrás de una roca, contemplaron la silueta que se divisaba al otro lado, de perfil contra el cielo estrellado. Black agarró un grueso pedrusco, para lanzarlo contra aquel individuo, pero antes de que pudiera poner su idea en práctica, vio ciertas curvas en aquella silueta, que le hicieron adivinar en el acto la identidad de la recién llegada.

* * *

—Edwina —llamó a media voz. La mujer se volvió rápidamente.

—¡Rupp!

—Aquí —dijo el joven.

Ella dio unos cuantos pasos y se acuclilló frente a la pareja.

—Venía a liberarles —manifestó.

—¿Hablas en serio? —dudó el joven.

Por toda respuesta, Edwina le enseñó una navaja. Luego le entregó un revólver.

—Lo traía para ti —declaró—. Lo siento, pero no me fue posible venir antes. Throsher está ahora dormido. Los otros me creen en su habitación.

—Comprendo. Gracias, Edwina.

—No te tengo ninguna simpatía, Rupp, pero tampoco podía permitir que te comieran los cangrejos. Hace un par de semanas, Throsher envió a la cueva a un tipo que, según él, le había traicionado. No fue agradable ver lo que quedaba del sujeto a la mañana siguiente.

—Me lo imagino —contestó Black.

—Parece que se conocían ya —intervino Alicia.

—Por desgracia para mí —dijo Edwina—. Rupp, la tercera lancha, contando desde las escaleras del embarcadero, tiene las llaves puestas. La han repostado hoy y podrán llegar sin dificultades a la costa. Todas las lanchas tienen una gran autonomía.

—Gracias, Edwina, no lo olvidaré nunca. Si podemos hacer algo en tu favor...

—Sí —repuso la joven—. Cuando llegues a Miami, busca a Sandra Delmont, en el Barnacle's.

Dile de mi parte que el mensajero saldrá la semana próxima.

—¿Nada más?

—Eso es todo. Ella sabe el resto, no te preocupes de más.

—Muy bien, se lo diré.

—Gracias por su ayuda, señorita —dijo Alicia. Edwina miró fijamente a la muchacha.

—Algunos piensan que disfruto estando junto a Throsher. Están equivocados; estaría mejor en el infierno —murmuró.

—Entonces, ¿por qué no lo abandona?

—No puedo.

—Muy bien, cada uno conoce sus propios asuntos y debe ser capaz de tomar decisiones por su cuenta. Yo también le doy las gracias, señorita.

—Edwina, me gustaría ayudarte —dijo Black.

—No puedes y no lo intentes. Adiós.

La joven desapareció en la oscuridad. Black y Alicia volvieron a quedar a solas.

—Parece que está resentida con usted —comentó Alicia con aire intrascendente.

—Según su punto de vista, tiene motivos —repuso el joven—. Pero su hermano no debió haberse metido nunca en un asunto de «protección». Era un matón y yo le envié a la cárcel. Alguien le

metió una navaja entre las costillas. Además, hay otras cosas que no quiero mencionar por ahora.

—Comprendo. Oye, ¿no serás un policía?

—¿Quién, yo? —rió Black—. No, simplemente, encontré las pruebas para dismantelar la organización a la que pertenecía Matt Sands, el hermano de Edwina. Era un muchacho alocado, sin seso, y ella lo tenía por el mejor de los hombres. Se llevó un gran desengaño y aún ahora cree que parte de las pruebas fueron amañadas. En fin, no merece la pena seguir hablando más del asunto.

—Yo diría que además de rencor por lo de su hermano, ella está despechada contra ti por motivos mucho más personales —manifestó ella intencionadamente.

—Todos cometemos errores, tú lo dijiste antes —le recordó él. Agitó el revólver—. Bueno, aquí tenemos algo para defendernos, si las cosas se ponen mal. —Añadió.

—Al menos, eso le tenemos que agradecer. Black se puso en pie.

—Vamos —dijo—. Es preciso que abandonemos este lugar, no sea que alguien tenga la ocurrencia de venir a ver cómo se nos comen los cangrejos.

—Entonces, descubrirá nuestra fuga.

—Sí, pero vigilarán las embarcaciones. Habrás observado que no se me ocurrió decirle que pensabas pilotar uno de los aviones.

Alicia sonrió.

—Cuando conviene sabes ser discreto —dijo.

* * *

Estaban tendidos de bruces sobre la hierba, a unos ciento cincuenta metros del embarcadero. Un centinela, armado con metralleta, paseaba aburridamente por el malecón.

—Tendríamos que dar un rodeo, para pasar al otro lado —bisbiseó Alicia.

—No podemos. Es preciso eliminar al centinela.

—Pero ¿por qué? Dando un rodeo lo evitaríamos...

—Primero, pasaríamos demasiado cerca de la casa, y hay perros sueltos en el interior de la cerca. Segundo, el tipo puede soltar una ráfaga apenas oiga el ruido del motor. Hay casi doscientos metros,

pero bastaría una bala para impedir el despegue.

—Sí, es cierto —admitió ella—. ¿Cuándo? Black levantó la vista al cielo.

—Dame cinco minutos —pidió.

—No tengo reloj —se lamentó ella—. Me quitaron todo.

—Te dejaron la ropa —sonrió Black.

—Parece que te disgusta.

—Un poco. Tú me viste desnudo y ahora yo debería estar en iguales condiciones...

—Rupp, ¿te han dicho alguna vez que eres un tipo fresco? —Muchas. Pero ya no me afecta en absoluto. Bueno, empieza a contar hasta trescientos. Al terminar, reúnete conmigo.

—Está bien. Suerte, Rupp.

—Gracias, princesa del dólar.

CAPÍTULO IV

Black se puso en pie y caminó encorvado, rápidamente, pero sin hacer el menor ruido. Junto al borde del embarcadero, había varios bultos, un par de cajas de madera no demasiado grandes. El centinela, harto de dar paseos, se apoyó en una caja más grande, con la metralleta colgando del cuello. Abrió la boca y bostezó aparatosamente.

De pronto, dos fuertes manos ciñeron su garganta. El esbirro pataleó frenéticamente, intentando soltar aquel dogal que le impedía la respiración. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Momentos después, Black dejaba en el suelo el cuerpo del centinela. Le quitó la metralleta y ya se disponía a hacer una señal a Alicia, cuando de súbito, reparó en las dos cajas más pequeñas.

Con la navaja que le había dado Edwina, levantó la tapa de una de ellas. Primero se sorprendió al ver el contenido de la caja. Luego sonrió y empezó a meterse granadas de mano en el interior de la camisa.

Cuando creyó que tenía suficiente, agitó una mano. Alicia corrió hacia él.

—¿Ha habido dificultades? —preguntó en voz baja.

—Ninguna. Vamos, no podemos perder tiempo.

El hidroavión estaba a unos cien metros del muelle. Black divisó un bote de remos, amarrado un poco más allá, saltó a su interior y soltó la amarra. Luego empezó a remar rítmica y silenciosamente.

Al llegar junto al aparato, Alicia pasó ágilmente a uno de los flotadores.

—Rupp, suelta la amarra del ancla —indicó, a la vez que abría la portezuela lateral. Black obedeció. El hidroavión estaba sujeto por medio de un cabo a una boya flotante.

Deshizo el nudo y lanzó la soga a un lado. Luego trepó a la cabina del aparato, en cuyo interior estaba ya Alicia comprobando los mandos.

Hacia el Este se divisaba ya una línea luminosa. Black se puso los atalajes de seguridad.

En aquel momento, Alicia dijo:

—Todo está en orden. Voy a poner el motor en marcha. Black apoyó una mano en su brazo.

—Escucha una cosa. No quisiera marcharme de aquí sin despedirme adecuadamente de ese bastardo.

—¿Tienes pañuelo para agitarlo? —preguntó ella sarcásticamente. Black le enseñó una de las granadas de mano.

—Tengo muchas y quiero utilizarlas. Ella sonrió, a la vez que asentía.

—De acuerdo; le daremos un buen repaso.

Accionó el contacto. Hubo primero una especie de silbido, el motor tosió unas cuantas veces, mientras la hélice giraba irregularmente y, al fin, se produjo el arranque. Los escapes emitieron chorros de humo azulado y el motor empezó a roncarse satisfactoriamente.

Alicia estaba concentrada en los mandos, muy seria, pero perfectamente tranquila. Al cabo de unos segundos, avanzó la palanca de gas y el hidroavión empezó a deslizarse muy lentamente sobre la quieta superficie de las aguas.

Black tenía los nervios en tensión. Pronto descubrirían la evasión. Throsher tenía en la isla un pequeño ejército, al menos, una docena de esbirros, armados hasta los dientes. Pero a cada segundo que pasaba, se incrementaba la velocidad del aparato.

De repente, Black vio ante él una serie de pequeñas columnitas de espuma blanca.

—¡Nos disparan! —gritó por encima del estruendo del motor.

Alicia hizo un breve gesto, concentrada en los mandos. La hélice aumentó sus revoluciones. Algo chasqueó metálicamente dentro de la cabina. Ya estaban fuera de puerto y el aparato se balanceaba rítmicamente, sin dejar de ganar velocidad.

Casi de repente, Alicia tiró hacia sí de la palanca, a la vez que daba gas a fondo. El hidroavión se remontó ágilmente en el claroscuro de la amanecida. Alicia ganó un par de cientos de metros

de altura, alcanzando una distancia de tres mil metros e inició un lento viraje hacia la isla.

—¡Prepárate! —gritó.

Black descorrió el cristal lateral. El viento rugió en sus oídos. Sacó dos bombas de manos y quitó sucesivamente las anillas. Alicia hizo que el avión descendiera suavemente hacia el malecón.

Desde la cabina, pudieron divisar a un sujeto armado de una pistola ametralladora. Los chispazos del arma eran anaranjados. Black arrojó las dos bombas muy seguidas.

—¡Fuera, arriba! —gritó.

Alicia metió el pie y jugó con los timones. El aparato se remontó, describiendo una ceñida curva. Abajo, en el malecón, brotaron dos rojos fogonazos.

—¡Vuelve! —pidió Black.

Entre los árboles del camino que conducía a la residencia de Throsher, se vio brillar los chispazos de una ametralladora. Black preparó otras dos bombas.

Segundos después, efectuaba un nuevo lanzamiento. Cuando ya se remontaban, oyó una aterradora explosión.

Una de las bombas había ido a estrellarse junto a las cajas que contenían las granadas de mano, que explotaron simultáneamente. Dos cuerpos humanos fueron lanzados al aire a gran distancia.

De repente, se produjo algo parecido a un castillo de fuegos artificiales. Chorros de luces de todos los colores empezaron a subir a las alturas, al mismo tiempo que se producían pequeños incendios en las inmediaciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Alicia, atónita.

—Había dos grandes cajones —respondió él—. Sin duda, contenían municiones.

El espectáculo era impresionante. Los esbirros de Throsher huían despavoridos en todas direcciones. Una de las motoras se incendió de pronto y el tanque de combustible explotó con una colosal llamarada, en forma globular, que barrió la penumbra del amanecer en una enorme área.

—¿Te quedan más bombas? —preguntó ella.

—Cuatro —respondió Black.

—Dos al yate, dos a la casa.

—Muy bien. Tú eres el piloto.

Alicia maniobró de nuevo y el aparato se precipitó hacia el yate. En el puente, un individuo disparaba frenéticamente con una ametralladora pesada. Una de las bombas le hizo volar por los aires antes de caer al agua. La ametralladora quedó deshecha.

La segunda bomba explotó inofensivamente en el agua.

—Lástima —dijo la muchacha—. Me habría gustado pegarle fuego a esa maldita embarcación.

La luz del día aumentaba rápidamente. Alicia dio una vuelta más y luego se precipitó hacia el conjunto de edificios situados en la ladera.

Asomado a la ventana, Black pudo ver a un par de individuos que corrían enloquecidamente hacia el otro malecón. En aquel instante, adivinó sus intenciones y tocó con la mano en el brazo de la muchacha.

—Alicia, olvídate de bombardear la casa —dijo.

—¿Por qué? Quiero darle un buen susto a ese saco de grasa.

—Da la vuelta —ordenó él—. Tenemos que cargarnos el otro aparato. Si no lo conseguimos, nos darán alcance antes de quince minutos. Los pilotos corren ya para ponerlo en marcha.

—Es verdad —reconoció la joven—. Lo había olvidado.

Tiró de la barra hacia su pecho y el aparato elevó el morro. La picuda cumbre de la isla pasó vertiginosamente a pocos metros por debajo de los flotadores.

Mientras Alicia se ocupaba de gobernar el aparato, Black sacó su pañuelo y ató las dos bombas. Tendría que afinar el tiro, se dijo, no podía permitirse un fallo.

El hidroavión se remontó a unos trescientos metros y luego viró suavemente, para lanzarse hacia abajo a toda velocidad. Black miró con el rabillo del ojo a la muchacha. Alicia se mantenía serena, pilotando con firmeza el aparato. Sonrió para sí; era una muchacha muy valerosa.

Arrancó la anilla de una de las bombas. Ahora ya podía ver el objetivo con toda claridad. Las hélices de los dos motores del otro hidroavión ya estaban dando vueltas. Uno de los esbirros soltaba las amarras en el embarcadero.

—¡Prepárate, Rupp! —gritó ella.

En el instante preciso, Black abrió la mano y las dos bombas se precipitaron hacia abajo.

Un segundo después, se produjo la explosión, justo encima de uno de los motores.

El ala se quebró en el acto, sumergiéndose parcialmente en el mar. Instantes más tarde, brotó una roja llamarada del lugar donde se había producido la explosión.

Los pilotos se lanzaron fuera del aparato. Alicia maniobró lo suficiente para poder ver cómo el hidroavión era devorado por el fuego. Entonces, sin poder contenerse, lanzó una alegre carcajada.

—¡Lo hemos conseguido, Rupp! ¡Hemos derrotado a Throsher!

Black se reclinó en el asiento, momentáneamente relajado de la tensión a que había estado sometido hasta entonces.

—Sólo ha sido una batalla, no la guerra —dijo sentenciosamente. Ella volvió la cabeza.

—No creo que se atreva a meterse con nosotros, Rupp.

—Lo siento, pero no comparto tu optimismo. De todos modos, estaremos vigilantes. Alicia orientó el aparato hacia el Noroeste, a la vez que ganaba altura gradualmente.

—Rupp, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó.

—Bueno, en cierto modo, he cumplido mis objetivos —respondió el joven—. Le he dado una buena lección a Throsher, aun a costa de perder mi catamarán.

—No te preocupes, yo te compraré uno nuevo. Me salvaste la vida y debo agradecértelo de alguna manera. ¿Buscas empleo?

Black hizo una mueca.

—Tal vez —respondió—. De momento, puedo aguantar unas cuantas semanas... Ah, demonios, lo había olvidado. Tengo que encontrar a Sandra Delmont.

—Es verdad. —Alicia se mordió el labio inferior—. Tienes que darle un mensaje... Oye, ¿qué pasó con Edwina? Además de lo que su hermano, claro.

—Es una chica muy guapa, pero demasiado ambiciosa. Nunca supo comprender que una persona pueda contentarse con una vida cómoda y apacible, sin excesivos lujos, pero también sin demasiadas preocupaciones. Estuvimos a punto de casarnos, ¿sabes?

—Vaya. ¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Primero, un tipo con mucha pasta y algo así como una villa de cine, un «Rolls» y algunos diamantes. Yo sólo tengo un coche viejo de cinco años y una casa más bien modesta.

—¿Y segundo? —sonrió Alicia.

—Throsher. Tiene mucho más que el tipo del «Rolls».

—Sin embargo, parecía resentida contigo, Rupp.

—A lo mejor es porque me vio en tu compañía y pensaba que yo no iba a consolarme jamás de su abandono.

—Celosa, vamos.

—Sí, tal vez. Pero para que sepas de qué lado está la razón, te haré una pregunta. ¿Cuál de los dos duerme mejor por las noches?

Alicia sonrió.

—Eres todo un filósofo —contestó—. No obstante, nunca está de más tener un poco de ambición, buscar algo superior a lo que ya tienes.

—Claro que está bien —dijo Black—. Lo que sucede es que ella lo quería casi instantáneamente. Pero, además, ¿de dónde iba a sacar yo un «Rolls» y los diamantes que tanto le gustaban? Esperaba, espero progresar, aunque no hasta ese punto. Y si te he de ser sincero, ya la he olvidado.

—Lo celebro, Rupp. Bueno, recuerda mi ofrecimiento. Si necesitas de mí, pide lo que quieras sin vacilar.

—Gracias, princesa; lo tendré en cuenta.

El sol salió a espaldas de los dos jóvenes. El hidroavión volaba satisfactoriamente. Habían conseguido escapar de una muerte horrible, pero Black sabía de sobra que Throsher no perdonaría jamás la derrota que le habían infligido.

Y trataría de desquitarse a toda costa.

—Estaré prevenido —murmuró para sí.

CAPÍTULO V

La artista contó unos cuantos chistes procaces, cantó un par de cancioncillas satíricas, enseñó, aunque muy rápidamente, parte de sus innegables encantos físicos y, al fin, despedida con una gran salva de aplausos, abandonó el escenario.

Sandra Delmont entró en el camerino y lanzó al aire sucesivamente los dos zapatos. Entonces vio al hombre que aguardaba sentado en una silla.

—¿Eh, qué hace aquí? —exclamó.

Black sonrió, mientras contemplaba a la artista. Era una hermosa mujer de unos treinta años, senos poderosos y rotundas caderas.

No era estrictamente guapa, pero sí resultaba sensualmente atractiva. Y sus facciones resultaban muy simpáticas.

—Me llamo Rupert Black y le traigo un mensaje de Edwina —contestó. Sandra adelantó el busto.

—¿Edwina? ¿Qué hace? ¿Cómo se encuentra? —preguntó ávidamente.

—Edwina está bien. Me dijo que... Sandra le tapó la boca con una mano.

—Aquí, no —dijo, muy rápida, aunque en voz baja—. Las paredes oyen. Black frunció el ceño.

—Esto me parece...

—Hablaremos en mi apartamento —indicó Sandra—. Es el número dos mil trescientos quince de West Palm Road, el 7E. Reúnase allí conmigo a las dos en punto. ¿Entendido?

—Oiga, si quiere se lo dejo por escrito.

—No, vaya a mi casa —insistió la artista, a la vez que le empujaba hacia la puerta—. A las dos en punto, recuérdelo.

—Está bien, como usted quiera.

Black salió del camerino, lleno de perplejidad. ¿Qué diablos se traían entre manos aquellas dos mujeres? El asunto empezó a no gustarle, pero, puesto que Edwina se había mostrado dispuesta a salvarles la vida, no podía desatender la petición que le había sido formulada junto a la cueva de los cangrejos.

A las dos en punto, llamaba a la puerta que le había indicado la artista. Sandra abrió casi en el acto.

—Pasa —invitó.

Black cruzó el umbral. Sandra, observó, vestía una bata corta, de tela no muy espesa, debajo de la cual parecía no llevaba más prendas de ropa. Ella le esperaba ya, porque le tendió de inmediato un vaso con un par de cubitos de hielo.

—Tú eres el tipo que ibas a casarte con Edwina —sonrió.

—Lo admito.

—Ella se sentía muy decepcionada contigo.

Tenía toda la razón del mundo. Si le gustaban los yates de lujo, los «Rolls» y los diamantes y yo no quería proporcionarle nada de eso, estaba en su derecho al sentirse decepcionada. Soy un tipo tacaño, ¿comprendes?

Sandra sonrió maliciosamente.

—Eres más bien un tipo franco —contestó—. A decir verdad siempre pensé que Edwina picaba muy alto. Lo malo es que para conseguir todos esos lujos, hay que pagar un precio muy caro.

—Celebro que estés de acuerdo conmigo. Sí, ya dijo ella que vive en una especie de infierno, pero, en determinadas circunstancias, somos nosotros los que elegimos nuestro propio destino, ¿no lo crees así?

—Desde luego. Y ahora, venga el mensaje, Rupert.

—Si me llamas Rupp, la cosa irá mejor —sonrió él—. Bien, lo que me dijo Edwina fue esto: «El mensajero irá la semana próxima».

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Hace cuarenta y ocho horas.

Sandra permaneció unos minutos inmóvil. Luego, de pronto, dio media vuelta, fue hacia el teléfono y marcó un número.

La persona a quien llamaba tardó bastante en contestar. Black

supuso que protestaba por haber sido despertada a una hora tan intempestiva. Sandra acalló sus protestas, diciéndole que no podía retrasar la llamada un solo segundo y repitió el mensaje de Edwina. Escuchó la respuesta por teléfono de su interlocutor, muy breve, sonrió satisfecha, colgó el teléfono y se volvió hacia Black.

—Ya está —dijo.

—Lo celebro. Y ahora, si me permites...

—Aguarda un momento. ¿Tanta prisa tienes, Rupp?

—Mujer, son más de las dos de la madrugada. Necesito dormir...

Sandra avanzó ondulante hacia el joven. La bata se abrió de pronto, dejando al descubierto los encantos de un cuerpo espléndidamente conformado.

—No tengo compromisos con nadie —anunció a la vez que se colgaba del cuello del joven—. Y siento vivos deseos de comprobar qué es lo que dejó Edwina... a cambio de un yate, un «Rolls» y unos diamantes.

—Yo valgo muchísimo menos —contestó Black.

—Eso lo diré yo luego —sonrió la artista.

Black se rindió. El atractivo de Sandra era muy poderoso. Buscó ávidamente sus labios y metió la mano por el interior de la bata. Ella ronroneó como una gata. De pronto los besos se hicieron ardientes, abrasadores.

* * *

Black abandonó el apartamento bien entrada la mañana. Al salir del ascensor, se cruzó con un tipo de aspecto insignificante, con lentes de cerco de oro y bigotito rubio. El individuo estuvo a punto de pisarle, pero se excusó cortésmente. Black dijo que no tenía importancia y continuó Su camino, ignorante de lo que hacía aquel hombre, una vez en el interior del ascensor.

Cuando estuvo solo, el hombre de los lentes con cerco de oro sacó dos cosas: un revólver y un silenciador. Acopló éste al cañón del arma y la guardó de nuevo en el interior de la chaqueta.

Momentos después, salía en la séptima planta. Miró a derecha e izquierda. No había nadie en el corredor.

Tranquilamente, se puso unos guantes de fina piel negra. Buscó la puerta señalada con la letra E y tanteó el pomo.

Abrió muy despacio. En el interior del apartamento había un silencio absoluto.

El individuo avanzó paso a paso, hasta llegar al dormitorio. En aquel momento, Sandra bostezaba aparatosamente.

—Rupp, ¿estás ahí? —preguntó torpemente, todavía sumida en las nieblas del sueño. De pronto, divisó al intruso y se sentó de golpe en la cama. A tres metros de distancia, el revólver emitió un chasquido.

Sandra dio un pequeño saltito y cayó de espaldas. En el centro de su pecho, justamente entre los senos, se veía un agujerito rojo. Súbitamente, brotó un pequeño surtidor escarlata a través del aquel orificio. Las piernas de Sandra se agitaban convulsivamente, pero sus movimientos eran cada vez más lentos.

El asesino salió con toda tranquilidad. Se quitó los guantes, fue al ascensor y descendió a la planta baja. Nadie se fijó en él cuando cruzó la puerta de la calle.

* * *

Terminó de ducharse y se enjugó un tanto. Luego pensó en comer algo; no había probado bocado desde la víspera. Envuelto en la toalla, salió del baño y se encaminó a la cocina. Entonces sonó el teléfono.

Era Alicia.

—Rupp, ¿dónde estabas? Te he llamado media docena de veces y no contestabas...

—No he pasado la noche en casa —respondió él.

—¿De veras?

—¿Por qué iba a engañarte?

—Y, ¿qué has hecho si puede saberse?

—No, no se puede saber. Sólo te diré que encontré a Sandra y le di el mensaje de Edwina. Eso es todo.

—Sé quién es Sandra y qué hace, Rupp. Me han dicho que es muy guapa.

—Según se mire. Tiene su atractivo, no se puede negar. Pero... ¿qué ibas a decirme?

—Tengo que hablar contigo, pero estoy esperando a mi abogado, para redactar el testamento. Recuerdas lo que dije al respecto.

—Sí, desde luego.

—¿Por qué no vienes a cenar conmigo, en mi casa?

—Alicia...

—¿Sí, Rupp?

—¿Te das cuenta de lo que has dicho?

—¿Es algo horrible?

—No, claro, pero tú... y yo...

—Oh, vamos, vamos, no seas tonto. Deja los escrúpulos para otros momento. No repares en las posiciones de cada cual. Eres mi amigo y te debo la vida. ¿A las siete y media?

—De acuerdo.

—Oye, Rupp, ¿qué tal Sandra?

—Alicia, ¿te gustan los relatos eróticos? Ella se echó a reír.

—No temas —contestó—. A fin de cuentas, eres un tipo muy apuesto. ¿Te dijo ella lo que significaba el mensaje?

—No, sólo sé que inmediatamente después sacó de la cama a un tipo, para repetirle el mensaje. Debía ser muy importante, no puedo decirte más.

—Está bien, hasta la noche, Rupp.

Black colgó el teléfono y se encaminó hacia la cocina. ¿A quién había llamado Sandra?, se preguntó.

Acabó por encogerse de hombros, para concentrarse en los huevos que ya crepitaban en la sartén.

A las siete en punto, una amable doncella le recibió en la lujosa residencia de Alicia. La joven salió a recibirle a los pocos instantes.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Rupp —dijo tendiéndole ambas manos—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. —Black contempló apreciativamente a la muchacha—. Princesa, estás guapísima.

Alicia se echó a reír, visiblemente halagada. Vestía un traje corto, con hombreras muy delgadas, de color fucsia. El escote, aun moderado, permitía adivinar el arranque de los senos, de firmes contornos.

—Me miras con buenos ojos —contestó. Se colgó de su brazo—. Tengo algo que decirte, pero después de la cena —añadió.

—Estoy a tu disposición, ya lo sabes.

Más tarde, pasaron a un saloncito íntimo. La doncella trajo el servicio de café y les dejó solos. Después de llenar la taza de su

invitado, Alicia se sentó frente a él y le miró fijamente.

—Rupp, voy a pedirte un favor —manifestó.

—Si está en mis manos...

—Creo que sí. Throsher se apoderó de unos documentos que me comprometían bastante. Aunque decidí no ceder al chantaje, me gustaría recobrarlos.

—Entiendo. Sigue, por favor.

—Sé que contigo no vale la pena hablar de recompensa, pero te pagaré lo que me pidas, si consigues recobrar esos papeles.

—¿Dónde están? Porque si Throsher se los llevó a Summit Island, vamos a tener problemas para...

—Oh, no, no los tiene en la isla. De nada le servirían allí. El dispone de un buen servicio de información, pero yo no me quedo atrás.

Los documentos están en la caja fuerte de su abogado, Melville Farhampton.

—Creo haber oído ese nombre —dijo Black pensativamente.

—Es un buen abogado, con el único defecto de defender preferentemente a gente del hampa. Throsher confía plenamente en él.

—En resumen, quieres evitar el escándalo.

—Si es posible sí. Tú harías lo mismo, si estuvieses en mi caso, supongo.

—Claro —sonrió el joven—. Pero ¿cómo llegaron esos documentos a poder de Throsher?

—Hubo un tipo que quiso hacerme chantaje, antes que el gordo. Le pagué una buena suma y me cercioré de que no se guardaba más copias, para seguir sacándome dinero.

—¿Y por qué no los quemaste inmediatamente?

—Porque no tuve tiempo. Quería examinarlos a fondo, pero aquella misma noche debí asistir a una fiesta y no podía eludir la invitación. Al regresar a casa es cuando me encontré que los documentos habían volado.

—¿De esta casa?

—No. Tengo otra en Key West, cerca de Roaring Point... Black oyó aquel nombre y se puso pálido.

—¡No es posible! —exclamó.

—¿Por qué no? Mi padre hizo construir esa casa, cuando yo

tenía siete años... El joven se pasó una mano por la cara.

—Increíble —dijo—. Si lo hubiera sabido en aquellos momentos yo no...

—¡Rupp! —gritó la joven—. ¿Quieres decir que... fuiste el ladrón?

—Debo admitirlo —respondió él tristemente—. Lo siento, princesa, no puedo negar la evidencia.

—Y lo hiciste por dinero.

—Throsher me contó un cuento lastimoso y yo le creí. Por otra parte, necesitaba el dinero... Princesa, ¿cómo puedo reparar el desaguisado?

Sorprendentemente Alicia no estaba enojada. Alargó una mano y la puso encima de la de Black.

—Haz una visita a Farhampton y quedará saldada la deuda —dijo—. Y tendrás esos cincuenta mil dólares que tanto necesitas, para...

Unos nudillos sonaron en la puerta, interrumpiendo bruscamente a la joven.

—Adelante —dijo Alicia.

La doncella se hizo visible en el umbral.

—Dispense, señorita. Hay un caballero que desea hablar urgentemente con el señor Black —anunció.

Alicia miró sorprendida a su invitado.

—¿Quién es? —preguntó.

—No lo sé —contestó no menos sorprendido que la muchacha—. No dije a nadie que iba a venir a tu casa.

—Está bien, Lizzy —dijo Alicia—. Haga pasar a ese caballero.

—Si, señorita.

Un hombre apareció a los pocos instantes. Tenía unos treinta años y estaba correctamente vestido. Sacó una carterita, la enseñó y dijo:

—Soy el teniente Webster, del departamento de Narcóticos. Les ruego dispensen la interrupción, pero hasta hace poco no hemos sabido dar con usted, señor Black.

—Teniente, ¿se le acusa del algún delito al señor Black? —preguntó Alicia.

—No, por ahora. Sólo deseo conocer detalles del mensaje que transmitió anoche a Sandra Delmont —respondió Webster.

Black adivinó instantáneamente la identidad del sujeto.

—Oiga, fue usted a quien llamó Sandra a las dos de la mañana.

—Sí, en efecto —admitió el policía.

—Entonces, pregúntele a ella...

—No puedo. Está muerta.

CAPÍTULO VI

Un espeso silencio cayó de golpe sobre la estancia. Black miró al policía con ojos incrédulos.

—No puede ser —dijo, pasados algunos segundos. Webster asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Un tiro en el corazón —declaró.

—Pero ¿por qué? Ella no...

—Usted le dio un mensaje y Sandra me lo comunicó. Alguien sabía que era nuestro confidente y decidió cerrarle la boca.

—Es terrible... Era una mujer tan agradable, tan llena de vida...

—Black se sentía abrumado—. ¿Sólo por eso la han asesinado?

—Oiga, no irán a sospechar del señor Black —intervino Alicia súbitamente.

—No, señorita —contestó Webster—. Sin embargo, nos interesa saber cómo llegó a su conocimiento el mensaje que debía repetir a Sandra Delmont.

—Bueno, se lo contaré todo —dijo el joven.

Black habló durante unos minutos, atentamente escuchado por el policía. Al terminar, Webster esbozó una sonrisa.

—No creo que el mensajero llegue ya en la fecha indicada —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el joven.

—Hombre, es lógico. Ese mensajero debía traer un importante cargamento de drogas. Ahora buscarán otro medio para entrarlas en el país. De todos modos, gracias por su colaboración, señor Black. Dispense la interrupción, señorita.

Webster se marchó y los dos jóvenes quedaron nuevamente a solas.

—Estás dolido —adivinó ella.

—Compréndelo. No había visto nunca a Sandra, pero me pareció muy agradable. Resulta duro saber que ahora está en un cajón frigorífico.

—Sí, pero ya no podemos hacer nada —suspiró Alicia.

—Otra canallada más de Throsher —dijo Black furiosamente—. A veces, me gustaría tener su inmundito pescuezo en mis manos... —Miró a Alicia con expresión airada—. ¿Cuándo quieres los documentos? —preguntó.

Ella fue hacia la consola y cogió un papel, que puso en las manos del joven.

—Lo he recibido esta mañana, por un mensajero personal —indicó.

Black leyó el contenido de la carta. Era una misiva muy breve, pero altamente significativa:

«Tienes de tiempo hasta el día 23. Si, en esa fecha, y a las doce del mediodía, no has preparado todo para la venta, la gente se enterará de cosas que te favorecen muy poco.

»T.».

El joven leyó otra vez la carta. Luego la estrujó en su mano.

—Estamos a dieciséis —dijo—. Por tanto, disponemos de una semana.

—Sí, Rupp.

—Muy bien. Deja el asunto de mi cuenta. Tendrás los documentos.

—Gracias —contestó Alicia—. Pero voy a pedirte un favor.

—Sí, lo que quieras.

—Rupp, cuando tengas los documentos, léelos.

—¿Lo quieres así?

Ella asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—Así lo quiero —respondió.

—Los leeré —prometió Black.

—Es extraño —dijo Alicia—. Tuviste esos documentos en la mano y no te molestarte en echarles un vistazo...

—Throsher mencionó un sobre de color crema, con una indicación en el reverso. Puesto que era eso lo que quería, lo demás, entonces, no me importaba en absoluto.

—Ahora sí los leerás, Rupp —insistió Alicia.

—Lo haré puesto que lo deseas —contestó él.

—Y te pagaré los cincuenta mil que tanto necesitabas.

—Ya no los necesito, princesa.

Ella le miró extrañada. Black sonrió tristemente.

—Te lo contaré algún día —añadió—. Creo que es hora de volver a casa. Pronto tendrás noticias mías.

Alicia sonrió.

—Pero, sobre todo, ten cuidado, pescador.

—¿Pescador? Ah, sí... —Black sonrió también al recordar la forma en que se habían conocido—. Algún día iré a pescar verdaderamente —se despidió.

* * *

Actuaba como una sombra, moviéndose con absoluto sigilo. Había estudiado concienzudamente la casa donde Farhampton tenía su bufete y estaba seguro de no fallar.

Vestido enteramente de negro, penetró en el despacho del abogado. Su linterna se paseó por la estancia, hasta fijarse en el cuadro colgado en una de las paredes. Se acercó y lo examinó atentamente, antes de dar el siguiente paso.

No había señales de alarma. Hizo girar el cuadro y la caja quedó al descubierto.

Sin embargo, junto al borde derecho, observó una ligerísima protuberancia en el empapelado que cubría la pared. Sacó una navajita y, con la punta, rascó muy suavemente, hasta dejar al descubierto un cable delgadísimo, que cortó con la ayuda de unos alicates.

Acto seguido, sacó un estetoscopio y, después de ponerlo en situación, empezó a hacer girar la rueda de la clave. Un minuto más tarde oyó un chasquido significativo.

Tiró de la manilla. La puerta giró a un lado.

Black estudió atentamente el interior de la caja fuerte, hasta encontrar el sobre señalado con el nombre de la muchacha. Había

sido escrito con un rotulador negro, en gruesos caracteres semejantes a los de imprenta. Sacó otro sobre muy parecido y, con los dos en la mano, fue hacia la mesa. Copió el rótulo en el que había llevado preparado y que no contenía sino recortes de periódico, lo dejó en la caja fuerte y se guardó dentro de la camisa el que contenía los documentos.

Dejó todo tal como lo había encontrado. Minutos más tarde estaba de nuevo en la calle.

Respiró a pleno pulmón. Alicia podía sentirse tranquila, se dijo mientras caminaba con paso natural hacia el coche, estacionado a prudente distancia.

Más tarde, en la soledad de su casa, abrió el sobre y se enteró de su contenido. Sonrió al terminar la lectura.

Tenía sueño y se acostó, para dormir unas cuantas horas. Alrededor de las diez de la mañana, sonó el teléfono.

—Black —dijo, recostado sobre un codo.

—El mensajero llega esta noche, en el yate. Húndelo.

La voz se cortó inmediatamente. Black contempló asombrado el teléfono. ¿Había sido Edwina?

La voz parecía efectivamente la de su ex prometida, pero había hablado con mucha rapidez, atropelladamente, como si quisiera evitar ser sorprendida. ¿Estaba en la ciudad?

No parecía posible. Más bien se inclinaba a pensar que le había llamado directamente desde Summit Island. Como fuera, la confidencia resultaba valiosa.

Pero ¿cómo hundir el yate?

Encendió un cigarrillo y fumó pensativamente, aunque no era un problema demasiado difícil. Pero tenía tiempo de sobra.

Desde la misma cama llamó a Alicia.

—Lo tengo todo —dijo.

—He recibido una llamada telefónica —anunció ella—. Me piden una respuesta. Volverán a llamar al mediodía.

—Envíalos al diablo, princesa. Ríete de ellos..., bueno, del gordo.

—Así lo haré. Rupp, ¿has leído los documentos?

—Sí.

—¿Qué piensas de todo ello? Tu opinión me interesa muchísimo.

—¿De veras quieres que te diga lo que pienso sobre el

particular?

—Te lo agradecería, Rupp.

—Está bien. Si tuviera más confianza contigo, iría a tu casa, te pondría sobre mis rodillas y empezaría a mover la mano. Créeme, ibas a estar unas cuantas semanas sin poder sentarte.

Ella rió feliz.

—No sabes lo contenta que me siento al oírte hablar así —manifestó—. Gracias por tu comprensión, Rupp.

—No seas tan tonta la próxima vez, princesa. Luego te llevaré los documentos...

—¡No, quémalos tú mismo!

—¿Confías en mí?

—¿Te lo pediría si no fuera así?

—Gracias, Alicia. Puedes dormir tranquila a partir de este momento.

—Rupp, ¿por qué no vienes a almorzar conmigo? Me gustaría charlar otra vez contigo...

—No puede ser. Tengo que hacer algo muy importante.

—Entonces, ¿me llamarás más tarde?

—Lo intentaré.

Black colgó el teléfono. Miró el sobre, que había dejado al lado de la cama, y meneó la cabeza. «Cosas de pocos años», se dijo.

* * *

Eran las diez de la noche cuando, de pronto, sonó el timbre de la puerta. Black se disponía a salir y miró extrañado hacia la entrada.

Atisbo a través de la mirilla. Su sorpresa se acentuó al reconocer a su visitante.

—Alicia —exclamó, después de abrir. Ella entró a la casa. Parecía muy agitada.

—Oh, Rupp, estoy muy asustada... Tengo mucho miedo... Black frunció el ceño.

—Cuéntame, qué te pasa... Espera, te daré una copa; te sentará bien.

Fue hacia una consola, puso *whisky* en un vaso y se lo entregó a la joven. Alicia tomó solamente un pequeño sorbo.

—Throsher me ha llamado —dijo, con una mano en el pecho,

como si quisiera mitigar los alocados latidos de su corazón—. Le dije que ya no podía hacer nada contra mí y que me reía de él... Bueno, en ese momento, no me dijo gran cosa; parecía muy confundido. Pero luego, una hora más tarde volvió a llamarme.

—¿Qué te dijo? —preguntó el joven.

—Oh, algo espantoso... No puedes siquiera imaginártelo. Jamás he oído tantas procacidades...

—Seguramente, se puso en contacto con Farhampton y éste examinó la caja fuerte.

—Si, eso creo. Sabe ya que no tiene los documentos... Rupp, dijo algo que... Black agarró a la muchacha por el brazo.

—Habla —pidió—. Te ayudaré en lo que me sea posible. ¿Qué te ha dicho ese canalla?

—Throsher me amenazó... Dijo que un día preferiría estar en la cueva de los cangrejos... No sé qué se propone, pero estoy asustada de veras...

—Princesa, mientras yo tenga un soplo de vida, ese miserable no volverá a tocar uno solo de tus cabellos. Y es posible que mañana mismo esté en la cárcel.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? —preguntó la muchacha.

Black reflexionó unos instantes. Luego la miró, con la sonrisa en los labios.

—Tengo que hacer una excursión... ¿Te gustaría acompañarme? —consultó.

—Lo que no quiero es quedarme sola —respondió Alicia.

—Entonces, ven conmigo. Te aseguro que vas a pasar una noche muy divertida. De pronto sonó el teléfono.

Black se separó de la muchacha y levantó el teléfono. Alguien pronunció su nombre desde el otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —confirmó el joven—. ¿Quién me llama?

—Su amigo.

—Ah, el de los cangrejos.

—Exactamente. Black, voy a decirle una cosa. Salga del país inmediatamente o no vivirá para contarle.

—Vamos, vamos, Otis —rió el joven—. Le encuentro desconocido. Usted no es hombre de dar buenos consejos a un amigo. ¿Marcharme del país ahora que me encuentro tan a gusto?

—Me imaginaba esa respuesta —dijo Throsher—. Bien, recuerde

una cosa: va a lamentar haberme conocido.

—Usted es el que debe recordar algo que parece ha olvidado. No fui yo a buscarle, sino usted me llamó a mí, me pidió que hiciera un trabajo y me ofreció cierta suma, que luego se negó a pagarme. Ésa tacañería suya sí le va a costar cara, se lo aseguro.

—Ya veremos...

—Lo verá muy pronto, saco de grasa.

—¡Escuche, Black!

Pero el joven no quiso continuar la conversación y colgó el teléfono bruscamente. Alicia parecía muy aprensiva.

—Era él —adivinó.

—Sí —contestó el joven—, pero no te preocupes; ya te he dicho antes que es muy posible que Throsher esté mañana en la cárcel.

—¿Cómo piensas conseguir esa especie de milagro?

Black se echó a reír, a la vez que la agarraba por un brazo y la empujaba hacia la puerta.

—Muy pronto tendrás ocasión de saberlo —respondió alegremente.

* * *

Desde una distancia prudencial, Black detuvo el coche y enfocó unos prismáticos hacia el yate brillantemente iluminado, amarrado al muelle. Una figura harto conocida apareció de inmediato en su campo visual.

Throsher estaba sentado en una gigantesca butaca de mimbre, en la toldilla del yate. Edwina, en pie, lujosamente ataviada con un traje blanco, que le llegaba a los pies, aparecía a pocos pasos, displicente, mientras Throsher hablaba con un individuo que estaba sentado frente a él.

Un camarero, de chaquetilla corta, blanca, llegó con una bandeja. El huésped de Throsher se encargó personalmente de servir las bebidas. Black procuró retener su fisonomía en la memoria.

Al cabo de unos momentos, pasó los gemelos a la muchacha. Alicia miró hacia el yate.

—Edwina está allí. ¿Crees de veras que fue ella la que te dio el aviso?

—Casi seguro. A juzgar por la hora, el yate había atracado ya en el muelle y, por lo tanto, había establecido la conexión telefónica. —Black dio media vuelta a la llave de contacto—. Ahora vamos a hundir el yate.

—No le pondrás una bomba en la quilla —dijo ella aprensiva.

—Algo mucho mejor y que no hará tanto ruido. Más adelante se sabrá, no cabe duda, pero, para entonces, Throsher estará en la cárcel —aseguró el joven rotundamente.

CAPÍTULO VII

El coche quedó estacionado en uno de los lugares más alejados del muelle. Black se apeó, seguido inmediatamente por la muchacha, y ambos embarcaron en un pequeño bote a motor. Sin embargo, Black utilizó los remos, alejándose quinientos metros del embarcadero, antes de alcanzar una zona completamente a oscuras, al pie de un carguero de negro casco.

Una vez allí, Black empezó a realizar una serie de operaciones, que dejaron pasmada a la muchacha. Ella vio que Black se ponía un equipo completo de escafandrista, en el que no faltaban un par de potentes linternas. Además, Black cargó también con un extraño objeto, bastante voluminoso, cuyo objeto no supo ella comprender por el momento.

Al terminar de equiparse, Black movió el bote hasta asomar por la proa del barco. Desde allí, a unos setecientos metros de distancia, se divisaba el yate de Throsher, brillantemente iluminado.

—Alicia, tú te quedas aquí —indicó en voz baja—. No hagas nada, no te muevas, pase lo que pase, ¿entendido?

—Me sentiría mucho más tranquila si supiese lo que piensas hacer —dijo ella.

—Hundir el yate, ya lo sabes. Calculo que tardaré una hora, aproximadamente. No tendrás motivos de alarma hasta pasado ese tiempo.

Black sonrió. Se puso la boquilla del aire en la boca, comprobó su funcionamiento y, tras colocarse la máscara ante los ojos, se sumergió en el agua sin hacer el menor ruido.

Alicia quedó en el mismo sitio, asomando la cabeza apenas por la proa del barco. En los primeros momentos, vio algunas burbujas que emergían a la superficie; luego, las aguas recobraron su aspecto

tranquilo, casi espejeante.

El tiempo se le hizo agónicamente lento. Estaba ya a punto de chillar, de puro nerviosa, cuando, de súbito, algo salió fuera del agua, junto a la borda del bote.

—¡Uf! —dijo Black—. Me ha costado un poco. Ella le miró ansiosamente.

—¿Estás bien, Rupp? Eso es lo que interesa —dijo. Black se subió al bote y asió los remos.

—Todo ha salido a la perfección —sonrió—. Dentro de un cuarto de hora, más o menos, empezarás a ver algo muy divertido en el yate.

—Pero, por el amor de Dios, cuéntame lo que has hecho. Tengo los nervios a flor de piel, Rupp.

El joven guiñó el ojo.

—Llevé un soplete oxiacetilénico. Bajo la quilla, he abierto un agujero circular de más de un palmo. No hay forma de taponar esa vía de agua —respondió.

Ella se puso una mano en la boca.

—Increíble —musitó.

—¿Increíble? Lo comprobarás dentro de muy poco, princesa.

Minutos más tarde, se hallaban en el muelle. Black cargó con el equipo de submarinista, que dejó en el maletero del automóvil.

—El soplete ha quedado en el fondo del mar —explicó, al poner en marcha el motor—. Ya no lo necesitaba, ¿comprendes?

—Pero lo encontrarán, cuando vayan a reflotar el yate.

—Sí. Y, ¿quién lo dice?

Alicia lanzó una alegre carcajada.

—Una bonita venganza —dijo.

—Throsher va a lamentar todo su vida haberse metido con nosotros —aseguró él, ceñudamente.

—No te preocupes; yo te daré los cincuenta mil dólares que ese tipo te negó. Pero ¿por qué lo haría?

—Es bien sencillo. Seguramente, conocía las relaciones que hubo entre Edwina y yo. Quiso burlarse, haciéndome ver que, no sólo se quedaba con ella, sino que me mandaba a la calle sin dinero. Le gusta hacer esa clase de jugarretas, ¿sabes?

—Es un tipo absolutamente repulsivo —calificó ella.

Black detuvo el coche a unos cincuenta o sesenta metros del

yate, en un lugar discreto.

—Mira —dijo.

De súbito, se produjo una enorme conmoción a bordo del buque. La gente empezó a correr de un lado para otro. Alguien, en el puente, hizo ulular la sirena de alarma.

Black se echó a reír.

—Fíjate, apenas se ve la línea de flotación —palmoteo alborozado—. ¡Se hunde, se hunde!

Sonaron sirenas. Acudieron un par de coches de la comandancia de puerto. Dos individuos, cargados con sendas maletas, grandes y pesadas, atravesaron la plancha y trataron de huir por el muelle. Varios hombres, encabezados por el teniente Webster, les cerraron el paso.

Los dos sujetos levantaron las manos instantáneamente. Throsher, ayudado por dos camareros, estaba a mitad de la plancha, paralizado por el estupor. Edwina se hallaba detrás, contemplando la escena con ojos inexpresivos.

Dejando a los traficantes de droga en manos de sus hombres, Webster avanzó hacia el yate, cuya pérdida de flotabilidad era patente. En aquel momento, se oyó un fuerte chasquido.

La pasarela, incapaz de resistir el peso de Throsher y sus ayudantes, se partió con gran estrépito. Throsher, los camareros y Edwina, se precipitaron al agua, con enorme alboroto de espumas. Alicia no se pudo contener y se echó a reír casi histéricamente.

—Dios mío, nunca había visto nada tan divertido... Black, llévame a casa, ¿quieres? El joven hizo arrancar una vez más el coche.

—Con mucho gusto, princesa —respondió.

* * *

Alicia llamó a Black al día siguiente, con el teléfono en una mano y *el Miami Herald* la otra. La noticia de lo sucedido la víspera venía anunciada con titulares enormes.

Había también fotografías del yate hundido, así como de Throsher esposado entre dos policías de uniforme. Alicia pensó que Throsher iba a verse en un buen compromiso. El valor de la droga decomisada superaba de largo los tres millones.

Black no contestó. Durante el resto del día, ella intentó contactar con el joven. Al fin, cerca de las nueve de la noche, oyó la voz de Black, con no poco alivio por su parte.

—¡Rupp! —gritó—. ¿Dónde te has metido? He estado llamándote todo el día...

—Lo siento, princesa. Me ha salido un trabajo y he estado concretando los detalles. No he podido despacharme antes. ¿Sucedo algo?

—Sí, en cierto modo claro. ¿Has leído los periódicos?

—Esa lectura es algo mucho más divertido que una película de los hermanos Marx —contestó él jovialmente—. Esta vez, la ley ha caído encima de Throsher, con todo su peso.

—Tú avisaste a Webster, ¿no es cierto?

—Lo admito. Calculé el tiempo que me costaría la operación y... Si había droga en el yate, procurarían salvarla antes del hundimiento. Probablemente, iban a sacarla a la madrugada, pero las circunstancias les hicieron variar los planes.

—Eso tienes que agradecérselo a Edwina —dijo Alicia.

—Sí, aunque, desde luego, tarde o temprano, habría hecho lo mismo. No hay vez que no venga ese yate a Miami, que no traiga una partida de droga.

—Bien, creo que nos hemos desquitado, Rupp. Oye, pescador, aunque tengas un empleo, ¿no podrás pasarte mañana por mi despacho? A las diez más o menos.

—De acuerdo, princesa. Estaré a las diez en punto.

Al día siguiente, Black se personó en las oficinas de la E. C. R.

Una secretaria tomó nota de su petición y la transmitió por el interfono a Alicia. La misma Alicia pidió a Black que recogiera su respuesta.

—Por favor, Rupp, te ruego paciencia unos minutos. Estoy con una visita y tengo que recibir otra. No tardaré más allá de un cuarto de hora y luego podemos quedarnos solos todo el tiempo que sea necesario. No te enojarás, ¿verdad, pescador?

—En absoluto, princesa. Tengo libre toda la mañana —contestó el joven.

La secretaria se quedó boquiabierta al oír los tratamientos que se aplicaban Alicia y el visitante. Black le hizo un alegre guiño de ojos

y luego, tras encender un cigarrillo, se puso a pasear por el despacho.

La otra persona que iba a ser recibida por Alicia había llegado ya. Sin duda se trataba de aquel individuo que estaba sentado en una butaca, con un maletín de ejecutivo en las manos. Era un hombre de regular estatura y aspecto corriente, con lente de cerco de oro y en el que se observaba un principio de calvicie. Black lo contempló con indiferencia y prosiguió sus paseos.

El hombre, sin embargo, le pareció conocido, aunque no tenía demasiado interés por adquirir detalles sobre su identidad. Sí, le había visto alguna vez, pero ¿dónde?

La puerta del despacho de Alicia se abrió de pronto. Un hombre salió. Alicia dio una orden por el interfono:

—Muriel, tenga la bondad de hacer pasar al señor Martin.

—Sí, señorita. Señor Martin, puede pasar. El hombre se puso en pie.

—Muchas gracias, —musitó.

Black había detenido sus paseos y contemplaba a Martin críticamente. De pronto, se había convertido para él en una obsesión saber dónde le había visto antes de aquel momento.

Martin cruzó el antedespacho con el portafolios en la mano izquierda y desapareció de la vista del joven. De súbito, el recuerdo estalló en la mente de Black como un relámpago en una noche oscura.

El hombre atildado y cortés, con el portafolios en la mano, el ascensor de la casa de Sandra Delmont...

Casi lanzó un rugido de fiera enloquecida al saltar hacia adelante. La secretaria le miró aterrada, mientras él abría de golpe la puerta del despacho y se precipitaba en su interior. En una fracción de segundo pudo apreciar la escena con absoluto detalle. Martin estaba de pie, frente a la mesa ocupada por Alicia. El maletín estaba abierto y su tapa, vertical, ocultaba lo que había en su interior a los ojos de la muchacha.

La mano enguantada de Martin sacaba ya el revólver con silenciador. Alicia vio al joven y soltó un grito:

—¡Rupp! ¿Qué haces aquí?

Black no contestó. Martin levantaba ya la mano, cuando Black le golpeó hacia arriba en la muñeca. El disparo salió silenciosamente y

la bala se hundió en el techo.

—¡Tírate al suelo, Alicia! —aulló el joven.

Ella obedeció con presteza. Martin emitió una horrenda blasfemia. No había soltado el arma y se volvió, tratando de disparar contra el joven. Black le arreó un tremendo revés, que lo proyectó casi volando hasta la pared del fondo.

Martin cayó sentado, sin haber perdido el conocimiento. Había soltado el revólver, pero tenía otro oculto bajo la chaqueta y lo sacó, babeando de ira. Black corría ya hacia él. Cuando el arma empezaba a levantarse, el pie derecho de Black se disparó con indescriptible potencia.

Aterrada, Alicia oyó un terrorífico chasquido de huesos, seguido de un agudísimo alarido de dolor. Black se inclinó sobre el caído, que había perdido ya toda capacidad de resistencia, lo agarró por la camisa y, tras incorporarlo a peso, disparó el puño derecho con todas sus fuerzas. Martin emitió un leve gemido, cerró los ojos y dobló las rodillas, completamente inconsciente.

Alicia, asomaba por el borde de la mesa, miraba al joven con ojos muy abiertos.

—Ese hombre quería matarme, Rupp —dijo con voz trémula—. ¿Cómo lo supiste?

—Me acordé de pronto —repuso él sonriendo—. Al llegar al despacho, su cara me pareció conocida. Luego le recordé; él y yo nos cruzamos en la puerta del ascensor de la casa de Sandra Delmont. Por la hora en que el forense dictaminó la hora de la muerte de Sandra, tuvo que ser él.

Meneó la cabeza.

—Claro que podía haberme equivocado, pero tú habrías sabido dispensarme —añadió—. ¿No es cierto, princesa?

—Seguro, pescador. Ahora, me imagino, habrá que llamar a la policía.

—Yo me encargaré de ello. —Black levantó el teléfono—. Creo que tendremos que posponer la conversación —sonrió.

—Podemos cenar juntos esta noche en mi casa —sugirió ella.

—Es una idea magnífica —aceptó él.

CAPÍTULO VIII

—Se llama en realidad Joren Dushmore y es un asesino profesional, al que la policía tenía ganas de echar el guante hacía ya mucho tiempo —dijo Black aquella noche, mientras encendía el cigarrillo que su bella anfitriona sostenía entre los labios.

—Seguramente pagado por Throsher.

—No cabe la menor duda. Es un sujeto terriblemente rencoroso. Ha sido derrotado en dos ocasiones y no quiso dejar pasar la ocasión sin saldar las cuentas.

—La segunda derrota ha sido terrible —sonrió Alicia.

—Está en la cárcel, junto con unos cuantos tipos de su organización. No sólo las drogas, también han encontrado un gran número de cajas de armas y municiones, en un almacén del muelle, que pertenece a una compañía ficticia, de la cual, sin embargo, es propietario. Las armas y municiones habrían sido embarcadas en el yate hoy a más tardar. Los embalajes tenían etiquetas de diversos productos alimenticios.

—Y todo ese negocio se ha ido al traste.

—Figúrate.

—¿Qué pasará con Dushmore, Rupp?

—Se ha comprobado que el revólver con el que quiso matarte es el mismo que causó la muerte a Sandra. No lo tiene fácil, sobre todo, si consideramos sus antecedentes. Créeme, la policía ya tenía ganas de ponerle la mano encima.

Alicia suspiró.

—En resumen, me has salvado la vida por segunda vez —dijo.

—Y me siento muy contento de ello —manifestó Black—. Por ciento, todavía no me has dicho por qué me citaste en el despacho.

—Oh, es verdad, lo había olvidado... Espera un momento,

querido.

Black vio que la muchacha se acercaba a una consola y volvía con dos papeles en la mano.

—La factura de compra de un catamarán nuevo —dijo ella, entregándole el primer documento—. Encargué su compra a un experto y le pedí que eligiera el mejor y que lo equipase con todo lo necesario, sin omitir detalle.

—Eres una chica estupenda —sonrió Black—. Gracias, acepto el obsequio.

—Y aquí —siguió Alicia, a la vez que le entregaba el otro papel —, tienes lo que Throsher no quiso pagarte.

Black contempló la cifra en el cheque. Luego, lentamente empezó a romperlo en pedacitos, que dejó sobre un cenicero.

—¡Rupp! No deberías hacer eso —protestó Alicia.

—Princesa, acepto el catamarán, porque, a fin de cuentas, lo perdí por tu culpa. Pero tú no tienes nada que ver con la factura impagada de aquel saco de grasa.

—Esto no me gusta, Rupp...

—Tienes que tomarlo así... No puedo aceptarlo. Y no insistas más sobre el asunto, por favor.

Ella comprendió la firmeza del joven y trató de sonreír.

—Está bien, como quieras. Rupp, algún día me invitarás a dar un paseo en el catamarán.

—Sí, cuando regrese. Me voy de viaje, ¿sabes?

El rostro de Alicia se oscureció.

—¿Tardarás en volver?

—No puedo fijar una fecha —respondió Black—. Pero puedes tener la seguridad de que serás la primera persona a la que llame apenas regrese.

—Siento de veras tu marcha. Yo estaba dispuesta a darte un empleo en la

E. C. R.

—Te lo agradezco, pero este trabajo, además de bien remunerado, es una cuestión de amistad. Perdona que no sea más explícito, pero no puedo darte detalles. Sin embargo, te pido que confíes en mí; no se trata de algo deshonesto.

—Lo creo, Black. —De pronto, Alicia pasó los brazos en torno al cuerpo del joven y apoyó la cabeza en su pecho—. Te echaré mucho

de menos, Rupp —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Bueno, yo... —Black se sentía aturdido—. Alicia, no comprendo...

—Haría todo lo que fuese necesario para retenerte a mi lado —declaró la muchacha—. Incluso sería capaz de... Si lo deseas, Rupp yo... Basta con que digas una sola palabra y... Tendrás todo lo que pidas...

Black sonrió, a la vez que acariciaba suavemente los cabellos de la joven.

—Eres una mujer maravillosa y te deseo toda la suerte de este mundo —dijo conmovido—. Volveré en cuanto me sea posible, princesa.

—Aquí me tendrás, pescador —prometió ella.

* * *

Habían transcurrido ya seis meses.

Apenas desembarcó en el aeropuerto, Black corrió a su casa. Se cambió de ropa, sacó el coche y buscó una floristería, en la que compró el más hermoso ramo de rosas. Luego se encaminó directamente a casa de Alicia, sin llamar siquiera, para darle una sorpresa.

Llegaría a la hora de la cena, pensó, mientras percibía en su interior unos sentimientos no conocidos hasta entonces. Los seis meses transcurridos le habían hecho saber que estaba enamorado de Alicia. Ella era inmensamente rica, pero ya no le importaba en absoluto.

Conocía a la muchacha y sabía que ella amaba al ser humano y no a la persona más o menos con fortuna. El dinero y la diferencia de posición social no sería obstáculo para ellos.

Eran las siete y media cuando llamaba a la puerta de la residencia de Alicia. La doncella abrió a los pocos instantes.

—¡Señor Black! —exclamó, vivamente sorprendida.

—¡Sorpresa, Lizzy! —dijo él jovialmente—. Acabo de regresar y quiero darle una sorpresa a la señorita. La esperaré en el saloncito...

—Lo siento, señor Black; la señorita no está en casa.

—Bueno, no tardará mucho en volver. Aguardaré...

—Perdón, señor. La señorita está ausente y no sé cuándo

regresará. Black miró de reojo a la doncella.

—Lizzy, ¿adónde ha ido?

—Lo siento, señor. Ayer, por la tarde, recibió una llamada telefónica. Se puso muy contenta y dijo que iría inmediatamente, aunque no mencionó el lugar al que pensaba acudir. Una hora más tarde, volvió a llamarme ella en persona y dijo que se ausentaba de la ciudad, que no sabía cuándo volvería y que no me preocupase por su tardanza en volver. ¡Yo pensé que había ido a encontrarse con usted y que los dos se iban a pasar juntos unos días de vacaciones!

Black frunció el ceño. La marcha de Alicia le parecía por lo menos, muy sospechosa.

Aparte de incomprensible, pensó.

—De modo que la vio muy contenta —dijo.

—Sí, señor. A decir verdad, pensé que era usted el que hablaba por teléfono... Estaba enamorada de usted, señor Black; a cada momento le tenía en la boca... pronunciaba su nombre casi constantemente... Nunca la había visto en una actitud semejante y eso que llevo seis años a su lado —declaró Lizzy.

En aquel instante, Black adquirió la siniestra convicción de que Alicia había sido secuestrada.

¿Throsher?

Pero estaba en la cárcel. Aunque tenía medios y esbirros para hacer cumplir sus órdenes, emitidas desde el interior de su celda. Y Throsher era un sujeto que no olvidaba jamás una ofensa y tenía sobrados motivos para vengarse de los dos jóvenes.

—Lo único que lamentaba la señorita era que usted no le hubiera escrito ni una simple tarjeta postal —añadió la doncella.

—No podía —contestó Black maquinalmente.

Dudó un instante. Luego puso las flores en la mano de la mujer.

—Lizzy, voy a dejarle mi número de teléfono —manifestó—. Si surge alguna novedad, no deje de avisarme inmediatamente.

—Sí, señor; descuide, así lo haré.

Black regresó a su casa terriblemente deprimido. Ya no tenía la menor duda del secuestro de Alicia. Pero ¿por qué tan oportunamente? Sólo faltaban veinticuatro horas para su regreso...

Durmió muy mal, a pesar de que aún sentía el cansancio del viaje. A la mañana siguiente fue a la ducha, formándose el

propósito de buscar a la muchacha por todas partes. Tenía conocidos, amistades; algunos le debían favores. No faltaría quien le diera una posible pista sobre el paradero de Alicia.

Cuando salía del baño, oyó el timbre del teléfono y se arrojó sobre el aparato con el ansia de un náufrago.

—¡Black! —dijo.

Al otro lado de la línea sonó una risita sardónica.

—Ah, por fin ha regresado. No sabe cuánto celebro oír su voz.

—¡Throsher! —Adivinó el joven.

—Efectivamente soy yo. Black, escúcheme con atención, porque tengo algo muy importante que decirle.

—Ha secuestrado a Alicia, ¿verdad?

—¡Qué listo es usted! —rió el sujeto—. Créame, nada me gustaría más que tenerle a mi lado; formaríamos una combinación irresistible, pero ya me imagino que es un sueño imposible. Usted es desagradablemente honrado y no aceptaría por todo el oro del mundo.

—En eso tiene absoluta razón, gordo. Bueno, ¿cuáles son las condiciones del rescate?

—Voy a explicárselo inmediatamente. Por supuesto, la intervención de la policía queda totalmente descartada. Así tiene una probabilidad de encontrarla viva, ¿ha comprendido?

Black procuró dominar la rabia que sentía. De haber tenido a Throsher al alcance de su mano, habría sido capaz de estrangularlo.

—No diré nada a la policía.

—Celebro su espíritu de cooperación, Black.

—Muy bien, y ahora, dígame cuáles son las condiciones del rescate. Imagino que querrá dinero. Ha debido perder mucho en los últimos tiempos, ¿no?

Los dientes del gordo chirriaron estridentemente.

—Perdí un avión y un yate, además de otras muchas cosas —contestó—. Tuve necesidad de pasar una temporada en la cárcel y necesité gastarme una fortuna en «engrasar» la maquinaria de la justicia. A pesar de todo, tuve que pagar nada menos que un millón por la fianza. ¿Le parece poco, Black?

—Tiene el pellejo intacto, de modo que, ¿qué más puede desear?

—Le quiero a usted —dijo Throsher coléricamente. Black comprendió en el acto el sentido de la respuesta.

—Dígame adónde debo acudir e iré inmediatamente —contestó con sereno acento.

—Espere, espere un poco. —Throsher volvió a reír—. Ya me imagino que no le importaría sacrificarse por la chica, pero esta partida se va a jugar según mis particulares condiciones.

—Muy bien, diga cuáles son y el juego empezará inmediatamente.

—Dentro de veinticuatro horas, recibirá una llamada de alguien, le dirá dónde debe acudir para rescatar a la muchacha. Puede que acierte, puede que falle... pero si falla, ninguno de los dos sobrevivirá. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente. ¿Algo más?

—Eso es todo. No quiero dinero; le quiero a usted.

—Y a Alicia.

Throsher lanzó una estridente carcajada.

—A ella ya la tengo —contestó—. Bueno, no del todo; quiero decir que está en mi poder, pero aún no he conseguido por completo cuanto deseo de ella. Y lo conseguiré, se lo prometo.

Black tembló de rabia al comprender el significado de aquellas palabras. ¿Qué infernales propósitos tenía Throsher? ¿A qué abyectos torturas iba a someter a la muchacha?

—Adiós, Black. Recuerde dos cosas: nada de policía y mañana empieza el juego —se despidió Throsher.

El teléfono volvió lentamente a la horquilla. Black encendió un cigarrillo.

Trató de reflexionar, buscando en primer lugar poner en orden sus pensamientos. Throsher se creía un gato y ellos eran los ratones. Quería jugar con los dos, antes de zampárselos.

Parecía lo más evidente. Pero también era preciso tener en cuenta otra cosa. Throsher era un sádico.

Disfrutaba haciendo padecer a sus semejantes. Lo había demostrado cumplidamente en la cueva de los cangrejos. Si le atrapara, se divertiría haciéndole sufrir a los mil tormentos. Y, con toda seguridad, obligaría a Alicia a que lo contemplase.

Blandió el puño.

—Eso será tu perdición —dijo, como si el gordo pudiera escucharle—. Debieras matarnos sin tantas complicaciones y así tendrías resuelta tu venganza de una vez. Pero al querer disfrutar

con nuestros sufrimientos, has firmado tu sentencia de muerte.

Estaba dispuesto a matar a Throsher. Ni él ni Alicia podrían vivir en paz, mientras aquel repugnante sujeto continuase cometiendo tropelías.

El teléfono sonó de nuevo a la mañana siguiente. Era Throsher.

—Primera etapa para el rescate —dijo burlonamente—. Lansing *Cross*, cuarta villa a contar desde el empalme con la carretera veintidós.

No hubo más datos. Black oyó el chasquido del teléfono en el otro lado de la línea y supo así que Throsher había dado por terminada la comunicación.

Inmediatamente se preparó para acudir al lugar indicado.

CAPÍTULO IX

Era una zona de suaves lomas, cubiertas de árboles y hierbas, alejada de la comarca de los pantanos. Tendido de pechos en el suelo, mordisqueando un tallo de hierba, Black contempló la cuarta casa a partir del empalme.

El edificio estaba rodeado de jardín, circundado a su vez por una pequeña valla de madera pintada de blanco. El aspecto no podía ser más inocuo.

Las residencias estaban separadas entre sí, algunas por distancias superiores a los mil metros. Era una zona escasamente poblada, lo que garantizaba la tranquilidad a los moradores. Black cogió los prismáticos y exploró la casa con todo detenimiento.

Era un edificio de planta, primer piso y ático abuhardillado. A la entrada había un curioso grupo de rocas, en parte cubiertas de musgo y enredaderas. La casa parecía desierta en aquellos momentos.

Recorrió las ventanas una por una. De pronto, creyó ver algo en la ventana correspondiente a la bohardilla.

Concentró toda su atención en aquel punto. Sí, había un tipo esperándole. En la penumbra del interior, pudo ver el tenue brillo del cañón de un arma de fuego.

Había más de doscientos metros desde la puerta del jardín a la casa. El tirador le dejaría avanzar lo suficiente para permitirle fijar la puntería y no errar un solo disparo. ¿Estaba Alicia en aquella casa?

Aunque no lo creía probable, no por ello debía volverse atrás. Tenía que entrar en la casa a cualquier precio.

Guardó los prismáticos, retrocedió arrastrándose unos cuantos metros y luego se incorporó.

Cien metros más adelante, se tendió en el suelo y reptó hasta el montón de rocas situadas a la entrada. Entonces apreció que se trataba de piedras de adorno y no puestas allí por la naturaleza. El roquedal venía a romper la relativa monotonía del lugar.

La valla estaba a cuatro pasos escasamente. Black la contempló con detenimiento. Empezó a hacer cálculos. El tirador de la bohardilla aguardaba allí, pero, seguramente, había otro en la parte trasera. Throsher daba por seguro que él intentaría atacar por la retaguardia, valiéndose de la sorpresa. El tirador emboscado no hacía nada por disimular su situación. En realidad, era una especie de cebo para obligarle a ir a la parte trasera de la casa.

Estudió los árboles. Con un poco de suerte, podía avanzar hasta la mitad del camino. El resto quedaba completamente al descubierto. Le barrerían a tiros apenas abandonase la protección de los árboles.

Pero había ido prevenido contra cualquier eventualidad. La víspera había sido muy activa y llevaba elementos de sobra en la enorme mochila que portaba en la espalda.

Empezó a preparar los instrumentos de ataque. Cuando se disponía a iniciar la ofensiva, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Al otro lado de la puertecita de madera, pero al pie justamente, se veía un largo paralelogramo formado por cuatro rayas muy delgadas. Aquella solución de continuidad no parecía congruente con el lugar.

Meditó unos momentos. Al fin, llegó a una conclusión.

Tanteó entre los pedruscos, hasta separar uno de más de treinta kilos de peso. Podía ponerse en pie sin dificultad y se irguió, con la roca en alto, por encima de la cabeza.

De pronto arrojó la piedra. Inmediatamente, se tendió en el suelo. Todavía estaba cayendo, cuando se produjo la explosión.

Un enorme chorro de tierra, piedras y humo subió a lo alto. Black no perdió el tiempo en consideraciones; incorporándose, echó a correr y ganó cincuenta metros antes de que el tirador de la bohardilla se apercibiese del asalto y enviase su primer proyectil hacia el intruso.

La bala silbó inofensivamente por el costado izquierdo del joven. Black corrió treinta metros más. El siguiente proyectil se hundió en el tronco de otro árbol.

Aún podía ganar veinte o veinticinco metros más. Amagó por salir por la izquierda y salió por la derecha. El siguiente disparo resultó también fallido. Cuando el fusilero quiso rectificar el tiro, Black había alcanzado ya el último de los árboles que había antes de llegar a la casa.

A cubierto, sacó algo de la mochila y se lo encasquetó. Luego extrajo un objeto ovoideo, con un pasador, que arrancó de un tirón.

Asomóse un instante, lanzó una granada, que empezó a despedir de inmediato una espesísima nube de humo. Tenía más y arrojó la segunda. El tirador de la buhardilla disparó frenéticamente.

Black echó a correr, sumergiéndose en la nube de humo, que ya llegaba casi al edificio.

Cuando salió de ella, estaba fuera de tiro.

Desde abajo lanzó otra granada. Ésta tenía un contenido muy distinto.

La granada entró por la ventanilla abierta de la bohardilla y empezó de inmediato a despedir gases lacrimógenos. Apenas la había arrojado, Black rompió el cristal más cercano y lanzó otra granada. Luego se corrió a otra de las ventanas y repitió la operación.

Inmediatamente, cargó contra la puerta, que saltó con gran estallido de maderas. La máscara antigás le protegía sobradamente.

Dentro de la casa empezaron a sonar toses. Black se topó con un sujeto, medio cegado por el gas, y lo derribó de un seco derechazo.

El tirador de la buhardilla bajó, tosiendo y blasfemando. Black le golpeó primero en el estómago y luego en la nuca. El hombre se desplomó como un fardo.

Todavía apareció un tercer individuo. Éste parecía hallarse en mejores condiciones y, al ver a Black, le apuntó con una pistola; pero el joven estaba prevenido para cualquier eventualidad y lo derribó con un par de balazos de revólver que había llevado consigo.

Registró la casa. Como había sospechado, Alicia no estaba allí.

* * *

Los dos esbirros empezaron a recuperarse. Black les miró severamente, una vez ventilado el edificio. Estaban sentados en el

suelo y les apuntaba con un revólver.

Entonces reconoció a uno de ellos.

—Hombre, Ewin, hacía tiempo que no nos veíamos —dijo alegremente—. Esto no es Summit Island ni hay cangrejos, me parece.

El sujeto le miró hoscamente.

—Ha tenido mucha suerte, Black —dijo con acento lleno de rencor.

—Di mejor que he venido adecuadamente preparado. ¿Dónde está la chica?

—Pregúntaselo al jefe. El lo sabe.

Black apuntó con su revólver a la frente del sujeto.

—Te doy exactamente cinco segundos para que me lo digas —exclamó—. Es todo lo que te queda de vida, si sabes entender las cosas.

Ewin se encogió de hombros.

—Puede disparar —contestó—. Pero obtendrá el mismo resultado: No lo sé.

—El jefe no nos lo dijo —intervino el otro sujeto, ansioso de congraciarse con el joven. Black volvió la vista.

—¿Qué instrucciones os dio? —quiso saber.

—Usted tenía que venir aquí. Nosotros debíamos aguardarle. Sólo teníamos que ponerle fuera de combate. El llamaría más tarde, para saber si le habíamos capturado. Entonces, nos indicaría adónde debíamos llevarle.

El joven reflexionó rápidamente. Podía obligar a aquellos sujetos a que contestasen en el sentido deseado por Throsher, pero existía el peligro de que debía ir con ellos todo el rato, expuesto a una inesperada reacción, que no podía beneficiarle precisamente. Además, si quería viajar seguro, tendría que llevarlos atados de pies y manos y podía ser sorprendido por la policía, cosa que no deseaba en absoluto.

—Muy bien —dijo al cabo—. Haremos otra cosa. Vamos, en pie, los dos —ordenó. Ewin y el otro se levantaron.

—Hay un sótano —añadió Black—. Os dejaré allí un tiempo. ¡En marcha!

Momentos después, los dos matones quedaban encerrados. Black les hizo transportar el cadáver de su compinche. Ya se ocuparían

ellos de hacerlo desaparecer, se dijo.

Registró rápidamente la casa. Como suponía, no encontró la menor pista de Alicia. Había acudido a una trampa.

—Y decían que sólo tenían que herirme —masculló—. Entonces, ¿qué significaba la mina de la entrada?

De repente, oyó el timbre de un teléfono.

Sonaba en una habitación interior. Black corrió hacia allí y levantó el aparato.

—¿Ewin? —dijo una voz harto conocida.

—Se equivoca, gordo. Soy Black. Sonó una risa burlona.

—Es usted muy listo —dijo Throsher—. Ha salvado el primer obstáculo, parece.

—Parece que le molesta, ¿no?

—Hombre, un poco, aunque, a decir verdad, ya contaba que usted es un tipo astuto.

¿Cómo lo ha conseguido?

—Granadas de humo primero y gas lacrimógeno a continuación. Naturalmente, yo llevaba una careta antigás.

—Me siento fascinado por su imaginación —confesó Throsher—. ¿Y los chicos?

—Un muerto y dos prisioneros.

—Lástima. Ellos sólo debían herirle, como máximo.

—¿Sí? ¿Qué me dice de la mina de la entrada?

—No le hubiera pasado gran cosa. Había una plancha de metal y la cantidad de explosivo era muy pequeña. Pero usted habría quedado aturdido y... En fin, ha salvado el primer obstáculo, por lo que le felicito. Vuelva a su casa; mañana recibirá nuevas instrucciones.

—¿Eso es todo?

—Hasta mañana —se despidió Throsher. Black colgó el teléfono pensativamente.

Throsher estaba jugando una partida, cuyas reglas había ideado él mismo en persona. Pero ¿por qué atenerse a aquel extraño reglamento?

¿Por qué no actuar según su propia conveniencia?

Sus movimientos, se dijo, debían ser totalmente inesperados, de tal modo que impidieran la reacción del adversario. Debía actuar con el máximo de sorpresa. Sí, pero ¿cómo?

Abandonó la casa lleno de dudas. Sólo cuando entró en su apartamento, creyó haber hallado la solución.

Throsher tenía a Alicia muy bien escondida, pero alguien más debía saber sin duda el paradero de la muchacha.

O, por lo menos, el lugar donde, presumiblemente, soportaba el cautiverio a que había sido sometida.

Conocía a la persona que podía darle la solución, pero no podía impresionarla con gestos o amenazas truculentas. Debía hacer algo mucho más efectivo, algo que forzase a dicha persona a responder a sus preguntas.

Y ya sabía como conseguirlo.

CAPÍTULO X

Throsher llamó por teléfono al día siguiente. Estaba muy enojado.

—¿Dónde se ha metido? —bramó—. Le he llamado una docena de veces...

—Lo siento. Me torcí un tobillo al salir d la bañera y he tenido que ir a un especialista. Apenas si puedo andar y suerte que es el izquierdo, de lo contrario, ni conducir siquiera podría —se disculpó Black.

—Es decir, está cojo.

—Durante unos días. Por fortuna, sólo es un esguince. No tiene importancia. Gracias por preocuparse de mi salud.

—Sí, su salud me preocupa mucho. Y la de la chica también. Black apretó los labios al oír aquella palabras.

—No le habrá hecho nada, supongo —dijo envaradamente.

—Sólo hasta cierto punto. La estoy entrenando para que llegue a quererme algún día. Black se echó a reír.

—Es usted un iluso. Ella no es Edwina Sands. Aunque fuese pobre, no le miraría a usted a la cara ni aceptaría regalos por valor un dólar.

—Ya veremos —contestó Throsher enigmáticamente—. Bien ¿quiere pasar a la siguiente casilla?

—Ah, el juego de la oca, ¿eh?

—Hombre, no se me había ocurrido, pero se le parece.

Claro que en este juego se pierde algo más que unos centavos, si se falla la jugada.

—Usted perderá la partida completa. Dígame el nombre de la casilla, por favor.

—Beurling Lodge, cabaña doce.

—Ah, es un motel.

—Sí, está en un paraje muy pintoresco y tranquilo. Todas las cabañas son independientes, de modo, que el vecino no pueda meter las narices en lo que hacen otras personas.

—Ya, ya. Y, seguramente, habrá más trampas explosivas y un termo-eléctrico con la conexión en mal estado... amén de un par de tipos armados hasta los dientes y esperando mi llegada, ¿verdad?

—¿Por qué no va usted mismo y lo comprueba?

—Sí, iré, descuide.

Black colgó el teléfono. Lo que menos pensaba en aquellos momentos era en acudir al lugar señalado por Throsher.

—No pienso jugar la partida según sus normas —se propuso, mientras agarraba el grueso portafolios que tenía en la mesa y que contenía el producto del trabajo realizado durante largas horas.

Caminó con paso rápido. Su tobillo izquierdo estaba en perfectas condiciones. Alguien se iba a llevar una sorpresa aquella misma tarde, pensó, satisfecho, mientras hacía arrancar el motor de su automóvil.

* * *

Melville Farhampton era un individuo de unos cincuenta años, de mejillas sonrosadas y cabello completamente blanco, lo que a primera vista predisponía notablemente a su favor. Black se dijo que de ello sabían mucho los tribunales de justicia y los jurados, que se dejaban impresionar por el agradable aspecto del leguleyo y su suave pero contundente oratoria forense.

En realidad, Farhampton era un hampón más, aunque de clase sumamente distinguida.

Black tenía sobradas pruebas sobre el particular.

Farhampton leyó la tarjeta de visita que su secretaria personal le había entregado y luego miró al visitante.

—¿En qué puedo servirle, señor Black?

—Desearía que me informase sobre el paradero actual del señor Otis Throsher —dijo el joven sin inmutarse.

—Lo siento. Ignoro absolutamente dónde se encuentra en estos momentos el señor Throsher.

—Quizá pueda decirme el lugar en que me sería posible encontrarlo —sonrió Black.

—Sí, podría decírselo, aunque no es seguro que esté allí, pero no quiero. El señor Throsher es mi cliente y cuando me ordena mantener reserva acerca de su paradero, lo hago.

—Da gusto tenerle a usted como abogado, señor Farhampton. Bien, en vista de su negativa, vamos a ver si puedo atacarle de otra manera. Rodeando su posición, dicho sea en términos militares.

Farhampton alzó las cejas.

—No entiendo —dijo cortésmente—. ¿Sugiere acaso el empleo de la violencia para obligarme a revelar lo que estimo un secreto profesional?

—Oh, en absoluto. Nada de violencia, ni tampoco palabras mal sonantes. Pero cuando yo haya terminado de hablar usted «cantará» como un canario en celo, y perdone la expresión tan vulgar.

Black puso la cartera encima de la mesa.

—Su cliente ha secuestrado a una buena amiga mía. Puede que usted lo ignore, y estoy dispuesto a concederle el beneficio de la duda. Por eso mismo, le voy a proponer un trato.

Abrió la cartera, sacó un par de documentos y los puso delante del abogado.

Farhampton echó un rápido vistazo a los papeles y palideció espantosamente.

—¡Dios mío! No puede ser —exclamó casi ahogándose.

—Sí puede ser —confirmó Black, con su mejor sonrisa—. Eso que tiene en las manos sólo son fotocopias de los documentos originales, los cuales, como es lógico, están en lugar seguro.

Farhampton volvió los ojos hacia el cuadro que se ocultaba la caja fuerte.

—Entonces... —Adivinó—, fue usted el que se llevó un sobre que yo guardaba ahí y dejó otro que sólo contenía recortes de periódicos.

—Exactamente —admitió el joven sin pestañear—. Como puede imaginarse, aquellos documentos ya son cenizas. Pero éstos no, están intactos. A la policía le interesaría enormemente recibir los originales. —Black sacó más fotocopias y se los arrojó al desmoralizado leguleyo—. Hay cientos de nombre y situaciones absolutamente reñidos con la ley. La inmensa mayoría son hampones a los cuales defiende usted, bajo determinadas condiciones, nada leves, que incluyen también el chantaje. Al

menos, la mitad del hampa esta en sus manos, que es decir tanto como que está en manos de Throsher. Ahora bien —prosiguió Black implacablemente—, si esos documentos caen en poder de la policía, se efectuará una redada de gigantescas proporciones y el pez más gordo, es decir usted, irá a parar también a la cárcel. Bueno, a fin de cuentas, usted es abogado hábil, y podría salir después de un encierro más o menos largo. Pero cabe la posibilidad, yo diría más bien, la seguridad, de que algún hampón se sienta traicionado y decida eliminar el causante de su desdicha. Puede acabar apuñalado en la misma cárcel, como el hermano de Edwina Sands, o una vez en libertad..., pero, claro ésa es una decisión que debe tomar usted mismo.

El joven guardó silencio. Farhampton parecía a punto de desmayarse. Le costó sacar un pañuelo y secar el abundante sudor que bañaba su frente.

—¿Qué... qué quiere que haga? —preguntó con voz que apenas si se podía escuchar. Black sacó un sobre de la cartera y lo arrojó encima de la mesa.

—Esto es un pasaje de avión para Anchorage, Alaska —indicó tranquilamente.

—¡Dios mío! Allí es invierno ahora. Me helaré...

—Pasará un poco de frío, simplemente.

—Pero ¿qué voy a hacer yo en Alaska? Tengo mi vida organizada aquí, en Miami, Florida —se aterró el leguleyo.

—Ah, eso es cuenta suya —la voz de Black se endureció repentinamente—. Podía enviarle a las Hawaii, pero el clima de allí es demasiado benigno para un bastardo como usted. Irá a Anchorage... ¡o a la cárcel! ¡Elija, no tiene otra salida!

Farhampton se derrumbó por completo.

—Me... ¿me devolverá los documentos originales?

—Saldremos juntos e iremos a mi casa, en donde tengo otra cartera con esos documentos. Pero no le entregaré ninguna de las dos, hasta que lo vea subir por la escalerilla del avión.

—Sí, sí —murmuró Farhampton apagadamente—. Haré lo que me dice... Black se inclinó hacia adelante.

—Y ahora, dígame dónde se encuentra Throsher en estos momentos. —Exigió. Farhampton se lamió los labios resecos.

—Eh... Tiene una residencia hacia el norte, cerca del lago

George. Se llega a ella por la autopista.

El abogado dio todos los detalles precisos para encontrar el escondite de Throsher. Incluso añadió que era una casa edificada sobre un risco, a treinta metros sobre el nivel del lago, uno de los escasos lugares accidentados de la comarca. Al terminar, Black hizo un gesto aprobatorio.

—Está bien. Póngase en pie. Nos vamos —ordenó.

—Aguarde un momento. Al menos, debo llevarme algún dinero...

Farhampton abrió el cajón central. Black presintió algún truco y le arrojó la cartera al rostro.

El abogado lanzó un aullido. Black dio la vuelta a la mesa y sacó un revólver, que arrojó inmediatamente a un rincón.

—¿Tiene ganas de ir a la cárcel? —rugió. Farhampton extendió las manos suplicantes.

—No, por lo que más quiera... Haré todo lo que me pida...

—Entonces, salgamos de una vez. Le vigilaré continuamente y no se le ocurra avisar a Throsher, porque sería lo último que hiciese en la vida. Le daré los documentos, como he prometido, pero quiero que sepa que poseo una magnífica memoria y que recuerdo más de la mitad de los datos, ¿está claro?

Totalmente derrotado, desmoralizado por completo, Farhampton no tuvo fuerzas para resistirse. En compañía del joven, salió de su despacho y se despidió de su secretaria.

—Estaré fuera unos días...

Black interrumpió rápidamente al abogado.

—Se trata de un asunto urgente, en Nueva York —dijo amablemente.

—Interesaría que me dejara el nombre de su alojamiento, señor Farhampton —pidió la secretaria.

—Hotel Blue Star —contestó Black—. En la calle treinta y nueve Este.

La secretaria tomó nota. Black había mencionado aquel hotel, porque el gerente era amigo suyo y contestaría adecuadamente a cualquier llamada que se le hiciese para Farhampton. Hablaría con él más tarde, se propuso.

—Muy bien, señor. Buen viaje y que disfrute —sonrió la secretaria, que no sospechaba nada.

A las once de la noche, despegó el avión que partía hacia Anchorage, con escala en Portland, Oregon. Black permaneció en la terraza de espera, hasta que vio al abogado subir por la escalerilla de acceso al aparato. En el momento en que se cerraron las puertas, giró sobre sus talones y se dispuso a preparar todo para iniciar su asalto a la fortaleza de Throsher.

* * *

El avión, un pequeño monoplano de cuatro plazas, volaba apaciblemente en aquella clara mañana. Black tenía sobre las rodillas un mapa de la región.

—Creo que hemos llegado ya —dijo—. Pete, ¿recuerdas las instrucciones?

Peter Barrow, el piloto, era un viejo amigo del joven, para el que había hecho algunos trabajillos en otras ocasiones.

—Sí, estamos llegando —confirmó—. Tú haz lo tuyo y yo me ocuparé del aparato.

—De acuerdo.

Black se puso en pie. En el asiento posterior, tenía una cámara fotográfica. Sentóse junto a la ventanilla izquierda y presionó el botón que la ponía en marcha.

El avión volaba a unos quinientos metros de altura. Pronto alcanzaron el borde meridional del lago George. Barrow hizo que el aeroplano volase en dirección Norte, paralelo a la orilla occidental y a unos cuatrocientos metros de la misma. Minutos más tarde, avistaron el risco.

Black mantuvo la cámara en funcionamiento durante todo el tiempo. Al rebasar el borde norte del lago, dejó impresionar imágenes del paisaje.

A pesar de todo, Barrow mantuvo al aparato en el mismo rumbo durante algunos minutos más.

—Bueno, ya está —dijo de pronto—. Ya nos han perdido de vista, Rupp.

—Muy bien, puedes regresar, Pete.

Era todavía muy temprano, puesto que habían despagado antes del amanecer. A primeras horas de la tarde, Black se dispuso a proyectar la cinta filmada, ya revelada y positivada. Barrow estaba

a su lado.

Las imágenes aparecieron con toda nitidez en la pantalla. Black examinó sin prisas la topografía del lugar donde Throsher tenía su residencia.

—No hay más que un camino y se ve barreado —dijo el piloto.

El joven asintió pensativamente. El camino que conducía a la residencia del risco se separaba de la carretera a unos kilómetros de distancia. Dada la peculiar construcción del terreno, los vigilantes de la barrera podrían ver instantáneamente cualquier automóvil que se dirigiese hacia la casa.

En cambio, desde la residencia, no se podía ver más que la barrera que cerraba el acceso, a unos doscientos metros de distancia. En aquel punto, el risco caía sobre el lago, en un paraje de singular belleza. La barrera se hallaba a unos quince metros más baja, pero también estaba situada junto al acantilado, de modo que cualquiera que llegase a la casa tendría que pasar forzosamente por aquel punto.

Black rebobinó la cinta y la hizo pasar nuevamente. Los dos vigilantes podían apreciarse sin dificultad en la pantalla. Había una especie de sombrajo, bajo el cual se resguardaban en las horas de más calor.

—Si hay dos en la barrera, es de suponer que hay más en la casa —dijo el piloto—. Al menos, otros dos, para el relevo.

—Sí, es fácil de imaginar —convino Black pensativamente.

El edificio se hallaba en una explanada, detrás de la cual había un muro de roca de unos seis o siete metros de altura. En el muro terminaba la ladera de una elevada colina que descendía en pendiente de unos treinta y cinco grados, hasta acabar la llanura que contorneaba el lago.

—No es buen terreno para aterrizar planeando, a motor parado —dijo Barrow.

—No te pediré que arriesgues el aparato por mí —contestó el joven—. Tengo otros proyectos..., pero necesitaría que hicieras otro vuelo conmigo. Nocturno, por supuesto.

—Lo que quieras, Rupp.

—Tendrás que preparar dos paracaídas, uno de los cuales será para el material.

—De acuerdo.

—A propósito, sería preciso hablar con Brian Lacey.

—¿El criador de aligátores? —Respingó Barrow.

—Sí, el mismo. Es un buen amigo mío, pero yo no puedo moverme de casa por ahora.

¿Quieres ir a verle en mi nombre?

—Muy bien. ¿Qué le digo?

Black sonrió. El piloto arqueó las cejas al conocer las intenciones de su amigo.

—No es mala idea —convino Barrow sonriendo.

—Todo lo contrario; es muy buena idea. —Black palmeó las espaldas del piloto—. Pete, cuando todo esto haya terminado, ella en persona te dará las gracias. Aparte de una sustanciosa recompensa.

Barrow meneó la cabeza.

—Lo hago con mucho gusto —manifestó—. Nada me agradaría más que ver a Throsher entre rejas por el resto de sus días. También tengo una cuentecita pendiente con él, ¿sabes?

—¿Quién no la tiene en este país? —rió el joven.

Barrow marchó y Black proyectó una vez más las imágenes filmadas a primera hora de la mañana. Para no infundir sospechas a Throsher, había hecho que el avión volase recto, sin detener su rumbo ni dar vueltas en torno a la casa. La película venía a suplir sobradamente los vuelos que deberían haber hecho sobre la residencia de Throsher, para conocer el terreno afondo.

Encendió un cigarrillo y proyectó una vez más la cinta. Sí, aquella partida se iba a desarrollar según sus propias reglas y no bajo las dictadas por el gordo. Throsher era sumamente inteligente y acabaría por sospechar que él había adivinado el escondite y que se disponía a asaltarlo, pero por muy astuto que fuese, no tenía la menor idea de la forma en que el joven pensaba alcanzar su objetivo.

CAPÍTULO XI

El teléfono sonó en aquel instante, cortando bruscamente sus pensamientos. Alargó la mano y levantó el aparato.

—Black —dijo escuetamente.

—¿Por qué no ha ido al Beurling Motel? —rugió Throsher.

—Lo siento. Ya le dije que mi tobillo no marcha muy bien. Me duele mucho. Antes de cuarenta y ocho horas, no estará en condiciones.

—Excusas...

—Tómelo como quiera —respondió el joven fríamente—. ¿No se le ha ocurrido pensar que yo, más que nadie, tengo interés en enfrentarme a usted y rescatar a la chica?

Throsher soltó una estridente carcajada.

—¡Ja, ja, ja! No lo conseguirá nunca, Black...

—No apueste todavía sobre el final de la partida. Aún estamos jugándola, aunque nos hayamos tomado un descanso.

—Usted no me conoce aún, Black.

—Sospecho que el desconocimiento es recíproco, aunque con ventaja para mí. ¿Algo más, gordito?

—No. Haga lo que le he dicho. Allí le harán un buen recibimiento. Si sale airoso, le diré dónde está la chica.

—Perfectamente. Pasado mañana estaré camino de Beurling Motel.

—Si no me avisan de que ha estado allí antes del amanecer, ella lo pasará muy mal.

—Como comprenderá, Throsher, no tengo deseos de que reciba el menor daño. Iré, no se preocupe.

—Me voy a divertir muchísimo —dijo engordo.

—Todos nos vamos a divertir —contestó Black.

Al otro lado de la línea sonó un chasquido. Black dejó el teléfono en su sitio.

Consultó el reloj. Eran las cuatro de la tarde. Tenía algo más de veinticuatro horas por delante, para finalizar los preparativos del asalto a la casa del lago George.

Era ya de noche cuando regresó a casa con un montón de paquetes, en los que se puso a trabajar de inmediato. Había empezado apenas la tarea, cuando sonó el timbre de la puerta.

Levantó la cabeza sorprendido. No esperaba ninguna visita. Tal vez, especuló, era el teniente Webster. Acaso quería más datos sobre el contrabando de narcóticos.

Receloso, se acercó a la puerta y atisbo a través de la mirilla. Una exclamación ahogada brotó de sus labios.

Abrió en el acto.

—¡Edwina!

Ella le miraba fijamente desde el umbral.

—¿Puedo pasar?

Black se echó a un lado.

—Claro.

Edwina cruzó la puerta. Black cerró y se dirigió a una consola, donde tenía algunas botellas.

—Querrás un trago, me imagino —dijo.

—Sí, gracias.

Hubo un momento de silencio. Black no quería forzar a la joven. Por su actitud, adivinaba que iba a decir algo de importancia, pero quería que fuese ella misma la que iniciase la conversación.

Le entregó el vaso y la condujo a un diván.

—Siéntate, por favor.

Edwina tomó un sorbo. Luego alzó la vista hacia el hombre que estaba en pie frente a ella.

—Tú tenías razón, Rupp —dijo al cabo.

—¿Razón, en qué?

—Yo era demasiado ambiciosa. Siempre quise lo que tú no podías darme. Demasiado tarde he visto que tú podías darme algo que valía infinitamente más que todas las joyas y todos los lujos del mundo. Y también he podido darme cuanta de que tenías toda la razón en el asunto de mi hermano. Throsher lo hizo; él fue quien, en realidad, lo envió a la cárcel, para que uno de sus esbirros lo

apuñalara impunemente.

—Lo siento, Edwina. Si puedo hacer algo por ti...

—Ya es tarde —murmuró ella, muy deprimida—. Throsher me ha despedido, ¿lo sabías?

—Acabas de decírmelo. ¿Qué pretexto te ha dado? Edwina emitió una risa amarga.

—¿Pretexto? No necesita ninguno. Simplemente, chasqueó los dedos y uno de sus gorilas me puso las maletas en la acera, así de sencillo.

—Edwina, eres joven y muy guapa. Todavía puedes rehacer tu vida. Trata de olvidar estos episodios tan desagradables. Procura conformarte con lo que tienes. Sé animosa y verás como cambia todo.

—Lo dudo mucho. He perdido ya todo estímulo... Bien, pero no he venido a hablarte de mis problemas, que ya no pueden interesarte en absoluto. He estado ciega hasta ahora y quiero ayudarte.

—Gracias. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

—A estas horas, imagino que ya sabes que Throsher tiene a la chica en su poder.

—Lo sé.

—Me despidió apenas le echó el guante. Pude oír lo que ella le decía claramente. Throsher le aseguró que sería suya. Alicia dijo que era algo imposible, puesto que amaba a otro hombre.

—¿Eso dijo? —preguntó Black, tratando de mostrarse sereno.

—Sí. Repito que la oí perfectamente. Luego, Throsher vino a verme y me ordenó que hiciera las maletas. Iban a salir de viaje... Sí, Rupp, ella te quiere de verdad. Era absolutamente sincera; no lo decía para que Throsher se sintiera despechado.

—Bien, ¿qué más?

—Rupp, voy a decirte dónde la tiene. Están en una casa que él posee, a orillas del lago George. Yo estuve allí en una ocasión y es muy difícil llegar, pero tú podrás conseguirlo.

—Gracias por la información. Iré a rescatarla —contestó el joven, sin dar a entender que ya conocía el dato.

Porque Edwina parecía sincera, pero no podía descuidarse un solo momento. Throsher era tremendamente astuto y no quería correr el menor riesgo.

—Rupp, ve cuanto antes... Creo que Throsher va a hacer algo horrible con esa pobre muchacha... —dijo Edwina agitadamente—. No tengo la menor idea de lo que puede ser... pero siento miedo por ella... Ve pronto, por el amor de Dios. ¡Y haz que ese repugnante individuo pague todos sus crímenes de una vez!

Black sonrió comprensivamente.

—Lo intentaré. Gracias por todo, Edwina. Ella se puso en pie.

—Yo soy la que debe darte las gracias. Me enseñaste un camino y no quise seguirlo.

Toda la culpa es mía.

Caminó hacia la puerta.

—Creo que no volveremos a vernos nunca más —se despidió.

Black quedó sólo de nuevo, hondamente impresionado por lo que había visto en una mujer con la que había estado a punto de casarse. Edwina seguía siendo tan hermosa, pero era una ruina moral. Acabaría desastrosamente, si no sabía sobreponerse a su situación actual.

Encendió un cigarrillo y se dispuso a continuar el trabajo. De súbito, creyó oír un ruidito en la puerta.

Volvió la cabeza. Era sólo una ilusión, pensó.

El ruido se repitió. Frunciendo el ceño, se acercó a la puerta y la abrió de golpe.

Un grito de asombro brotó de sus labios. Edwina estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la jamba. Su mano derecha estaba crispada en el pecho. Entre los dedos fluía un líquido que brillaba siniestramente. El color rojo era inconfundible.

Se arrodilló a su lado.

—Edwina, ¿qué te ha pasado?

—Al... guien me siguió... Me apuñaló a... al salir... La voz de la joven era poco más que un soplo.

—Espera, llamaré a una ambulancia —dijo Black.

Pero, en aquel mismo instante, la cabeza de Edwina se dobló sobre su pecho y su respiración se detuvo.

Black se mordió el labio inferior. Era otra cuenta que tenía que saldar con Throsher, se prometió firmemente.

El avión volaba en línea recta en la oscuridad de la noche. Hacia el Este, sin embargo, se divisaba ya una tenue línea anunciando la inminencia de un nuevo día.

De pie, en la cabina, Black terminó de ajustarse las correas del paracaídas. Sentado en su puesto, Barrow pilotaba el aparato con mano firme.

De pronto, Barrow hizo un gesto.

—Prepárate, Rupp; estamos llegando al punto de lanzamiento.

—Muy bien.

Black fue hacia la portezuela y la abrió. El rugido del motor entró atronador en el interior del aparato.

Delante de él, a sus pies, tenía un bulto, al que había sujeto otro paracaídas de apertura automática. En aquellos instantes la distancia al suelo era de unos mil metros. Saltaría en paracaídas a unos cuatro kilómetros al este de la casa, distancia más que suficiente para iniciar el salto sin demasiadas preocupaciones.

Súbitamente, Barrow emitió un fuerte grito:

—¡Suerte, Rupp!

Era la contraseña acordada. Black dio un puntapié al bulto y se lanzó un segundo después.

Los dos paracaídas descendieron separados por una distancia escasamente superior a los doscientos metros. Apenas puso los pies en el suelo herboso, Black se aprestó a terminar los preparativos para el salto final.

Todavía tardaría un buen rato en haber la suficiente luz. Actuó frenéticamente y luego, con su pesada carga, remontó la cumbre de la colina.

Desde allí, podía ver la espejeante superficie del lago. La casa oculta por el pequeño farallón, quedaba invisible, pero no le importó.

De pronto, echó a correr. Unos segundos más tarde se elevaba en el aire, merced a la cometa volante que había armado después de su aterrizaje. El ala volante se deslizó completamente silenciosa, guiada por las hábiles manos del joven hacia su objetivo.

Era mucho mejor que llegar en paracaídas, menos manejable que la cometa. Un par de minutos más tarde, inició la maniobra de acercamiento al suelo.

Ahora ya podía divisar la barrera. Bajó con gran suavidad, puso

los pies en tierra y se quitó las correas de sujeción. Acto seguido, descolgó el rifle que llevaba atravesado a la espalda.

Lenta y cautelosamente, se acercó a la barrera. Throsher, se dijo, debía de haber dado órdenes severísimas, porque los dos vigilantes estaban en pie, con la vista fija en el camino por el que esperaban llegase el hombre que se disponía a rescatar a la prisionera.

Preparó el rifle con todo cuidado y tomó puntería, tumbado en el suelo. Estaba a unos diez metros de distancia.

Apretó el gatillo. Uno de los esbirros se quejó de pronto.

—Malditos tábanos —gruñó, a la vez que se daba una fuerte palmada en el cuello. El otro lo miró indiferente.

—Deberías haberte puesto repelente contra los insectos —dijo.

—Eh —gritó su compañero—, esto no es un tábano... Y de pronto se le doblaron las rodillas.

—No sé que me pasa... Me mareo...

Black disparó un segundo narcótico, exactamente igual al que empleaba el criador de aligátores para cazar reptiles vivos. El segundo centinela se desplomó instantes más tarde, sin comprender muy bien lo que había sucedido.

Black sonrió satisfecho. Al menos, había eliminado a la mitad de los esbirros de Throsher. Ahora sólo le faltaba por cubrir la etapa final.

* * *

Avanzó cautelosamente hacia el edificio, que ya blanqueaba en la amanecida. A la derecha se divisaba una amplia terraza, protegida por un parapeto de piedra, situado justamente en el borde del risco. Era indudable que Throsher se había gastado allí una pequeña fortuna. El suministro de luz y agua no resultaría precisamente muy barato, sobre todo, teniendo en cuenta el jardín que rodeaba a la casa en tres de sus lados.

—No tenía que ganar el dinero con el sudor de su frente, sino con lo que sudaban otros —masculló.

La claridad era cada vez mayor. De pronto, oyó voces en una puerta lateral.

—Vamos, tú —dijo alguien—; los otros estarán ya impacientes.

—No hay tanta prisa, hombre...

—El jefe espera que ese tipo llegue de un momento a otro. Vamos a darle una buena bienvenida.

—Sí, pero recuerda: hemos de capturarlo con vida.

—Mira, te diré una cosa. Si ese tipo viene arreando tiros desde el primer momento, yo no voy a quedarme con las manos en los bolsillos, ¿me entiendes?

—Bueno, cuando llegue el momento, veremos lo que se hace. Ojalá llegue tarde.

—¿Por qué dices eso, tú?

—Hombre... —El esbirro bostezó ampliamente—. Figúrate, no he podido pegar ojo en toda la noche. Esa fulana no ha parado de gritar un momento.

—Mal asunto, tú; no me gustaría estar en su pellejo.

Black oyó aquellas palabras y sintió un escalofrío. ¿A qué horribles torturas había sido sometida Alicia?

Una oleada de hirviente furia estalló en su interior. Los dos pistoleros salían ya de la casa.

Black arremetió enloquecidamente contra ellos. Los esbirros, sorprendidos, tardaron unos instantes en reaccionar.

El joven utilizó el rifle anestésico a modo de maza. Descargó el primer golpe con todas sus fuerzas y el hampón a quien iba destinado se inclinó a un lado, tratando de eludir el ataque. Pero no lo pudo conseguir del todo y la culata golpeó su brazo izquierdo, que chasqueó horriblemente.

Sonó un alarido de dolor. El golpe había sido tan fuerte, que el rifle se partió en dos mitades. La culata destrozada, voló por los aires, mientras el pistolero se revolcaba por el suelo, aullando frenéticamente.

«Van a oírle dentro de la casa», pensó Black, instantáneamente.

Pero ya no podía retroceder. El otro pistolero dio un salto lateral y sacó un revólver.

Black le arrojó el cañón a la cara. El hombre, al intentar evitarlo, trastabilló y perdió el equilibrio. Caía a su derecha y el instinto le hizo soltar el arma para apoyarse en el suelo.

El joven se arrojó sobre él y pateó la mano derecha. Su adversario, sin embargo, era más resistente de lo que parecía a primera vista y le golpeó con la mano izquierda en la parte posterior del muslo.

La pierna derecha de Black se dobló. Aún tenía en las manos el cañón del rifle y golpeó con furia la cara del pistolero, quien se derrumbó de espaldas, arrojando torrentes de sangre por la boca y narices.

En aquel instante, Black percibió un ruidito a sus espaldas.

Giró en redondo. El primer esbirro hacía esfuerzos por sacar una pistola. Su brazo izquierdo pendía inerte al costado.

Black cayó sobre el sujeto y le golpeó con todas sus fuerzas en el mentón. El hombre soportó bien el primer golpe, aun retrocediendo un par de pasos. Black tornó a la carga.

El segundo puñetazo fue decisivo. Black puso toda su potencia muscular. El parapeto estaba demasiado cerca y el esbirro saltó por encima, precipitándose al lago desde treinta metros de altura.

Black se sentía poseído por una furia devoradora. Durante un segundo, se asomó al parapeto. Abajo, se ensanchaban círculos concéntricos en el punto donde el pistolero se había sumergido en las aguas. No lo lamentó, «se lo merecía», pensó.

Volvióse hacia el edificio. De súbito, un horrible sonido llegó a sus tímpanos.

Era un alarido de mujer, el grito de una joven que sufría horribilmente. Pese a la distorsión de los sonidos, Black reconoció la voz de Alicia y sintió que los pelos se le ponían de punta.

La respuesta al grito de Alicia fue una burlona carcajada. Black apretó los puños y se dirigió al lugar de donde procedían los lamentos de la muchacha.

CAPÍTULO XII

A pesar de la ira que le poseía, Black conservó la suficiente serenidad para darse cuenta de que debía actuar con el máximo de precaución, más por Alicia que por sí mismo. Si le sucedía algo irreparable, la joven no podría salvarse.

Lentamente, se acercó al gran ventanal que comunicaba la sala con la terraza. Entonces presenció un cuadro indescriptible.

Era algo que no se le había ocurrido ni en el peor de los sueños. Alicia, lívida, desmelenada, con el rostro horriblemente desfigurado, estaba delante de Throsher, suplicándole abyectamente.

—Una dosis... Una dosis... —jadeaba la muchacha en aquellos momentos, a la vez que tendía su desnudo brazo izquierdo—. Inyéctame de nuevo... No puedo soportarlo más...

Throsher se echó a reír.

—Ya sabes lo que quiero de ti, muñeca —contestó. Señaló la bandejita que tenía al lado—. Cuando lo hagas, permitiré que te inyectes, para tranquilizarte. Te convendrá estar calmada, cuando llegue ese muchacho detective. Quiero que veas lo que hago con él, ¿comprendes?

Entonces, instantáneamente, Black comprendió también el significado de las palabras del esbirro, que se quejaba de no haber podido dormir en toda la noche, por los gritos de la muchacha.

Alicia estaba drogada.

Durante aquellos días, Throsher, era evidente, la había sometido a un tratamiento intensivo de adicción a la droga. Alicia ya no se podía pasarse sin aquella maldita sustancia.

Era una venganza de un refinado sadismo. Throsher no podía haber ideado nada peor para su desquite.

—¿No me has oído? —gritó el gordo—. Si quieres droga, empieza ya.

—Sí, sí... —Alicia ya no era dueña de su mente—. Lo haré, lo haré...

Y empezó a rasgarse las ropas a tirones, quedándose completamente desnuda en pocos instantes.

Throsher se lamió los labios, con evidentes gestos de lujuria. Black ya no lo pudo soportar más.

El ventanal estaba casi completamente cerrado, pero no quiso molestarse en abrirlo. Había muebles en el jardín de la terraza. Black agarró una silla de hierro y, blandiéndola por encima de su cabeza, la estrelló contra la vidriera.

El cristal saltó en mil pedazos, con horroroso estrépito. Throsher dio un respingo y se puso en pie, con más agilidad de la que se podía sospechar en su gigantesco corpachón.

Alicia volvió la cabeza al oír el estruendo y lanzó un grito agudísimo.

—¡Rupp!

Throsher retrocedió, asustado, al ver el fuego que despedían los ojos del joven. Tenía una pistola a dos pasos, sobre una mesa, y quiso cogerla, pero Black fue más ágil y la envió a un rincón, de un poderoso manotazo.

—Es... increíble... Nunca pensé que pudiera llegar aquí... —dijo el sujeto.

—Porque creyó que iba a jugar la partida según sus normas —contestó Black sin perderle de vista—. No se acordó de que hay paracaídas, alas volantes y riñes que disparan dardos anestésicos. ¿Verdad que no se imaginó nada de eso?

Alicia, olvidada, momentáneamente de su ansia por la droga, contemplaba horrorizada la escena. Paso a paso, Black avanzaba hacia Throsher, quien, a su vez, retrocedía en semicírculo, buscando, evidentemente, ganar la salida a la terraza.

Había pavor en sus ojos. Throsher se dio cuenta de que no podía esperar piedad y empezó a llamar a gritos a sus secuaces.

—Grite todo lo que quiera —dijo Black—. No le oirán; todos están fuera de combate.

De pronto, Throsher echó a correr y llegó a la terraza. Black se precipitó tras él. Más rápido, consiguió alcanzarlo, acorralándolo

junto al parapeto.

Throsher intentó arañarle la cara. Black le echó las manos al cuello y empezó a apretar.

Los ojos del sujeto voltearon agónicamente en las órbitas. Pero su cuello era tremendamente grueso y Black no pudo abarcarlo por completo con ambas manos. De pronto, Throsher, desesperado, le dio un rodillazo en el vientre.

Black aflojó un poco. En el mismo instante, Throsher lanzó un frenético chillido:

—Ewin ¡mátalo, mátalo!

El joven saltó a un lado. Alguno de los guardaespaldas había reaccionado y corría a ayudar a su jefe. En el momento en que saltaba, sonó un disparo.

El cuerpo de Black cubría el de Throsher, en cuyo pecho apareció de inmediato una mancha rojiza, en forma circular. Throsher lanzó un espeluznante aullido.

—¡Hijo de perra! ¡Me has dado a mí!

Pero de Black no estaba del todo desprevenido. A diez pasos, Ewin, con la pistola en la mano, parecía desconcertado por su fallo en el disparo.

Black tenía un revólver en una funda sujeta a su cinturón y lo sacó velozmente. Apretó el gatillo una y otra vez y otra, hasta consumir todos los cartuchos. Ewin abrió los brazos, dio un salto hacia atrás y cayó de espaldas.

En el mismo instante, Black oyó un atroz ronquido. Volvió la cabeza y vio a Throsher que volteaba por encima del parapeto.

Las piernas del sujeto voltearon ridículamente por encima del pretil. Luego, lanzando un espantoso chillido, se precipitó en el vacío.

Black se inclinó hacia afuera. Throsher caía dando vueltas, como un gran pajarraco herido. A diez metros del lago, chocó contra un saliente rocoso, y rebotó con horrible ruido de huesos rotos. Luego se estrelló en las aguas, que explotaron en un enorme chorro de espumas. La superficie del lago empezó a recobrar bien pronto su espejeante lisura.

Entonces, Black se volvió hacia la casa. Alicia, todavía desnuda, arrodillada junto a la mesita, empuñaba la jeringuilla con dedos temblorosos.

—¡No! —aulló el joven.

Alicia se volvió y le miró suplicante.

—Rupp... no me lo prohíbas... Es algo superior a mis fuerzas... Black corrió hacia ella, arrodillándose a su lado.

—Quieta, déjame a mí... Te tiemblan las manos demasiado y no sabemos dónde puede haber más droga... Déjame, por favor, princesa.

Los ojos de la muchacha estaban llenos de lágrimas.

—Estoy perdida, perdida para siempre...

—Calla —ordenó él enérgicamente.

Con gran cuidado, introdujo la aguja en la vena y empujó suavemente el émbolo de la jeringuilla. Procuró dominar la ira que sentía; el brazo de Alicia estaba punteado por las huellas de los pinchazos.

Al terminar, retiró la aguja y desinfectó el hueco del brazo. Alicia rompió a llorar de nuevo.

—No podré quitarme ese vicio...

Black la abrazó tiernamente, atrayéndola contra su pecho, a la vez que acariciaba sus cabellos.

—Princesa, no te aflijas —contestó—. Tú te curarás, tienes todo a tu favor, y no lo digo precisamente por el dinero. Te han forzado a convertirte en una drogadicta, no te has aficionado por ti misma; eres, además, joven y estás llena de vida. Tú quieres curarte, no eres como otras personas que viven solamente para la droga. Con todas tus fuerzas deseas curarte, y lo conseguirás, porque tienes la suficiente voluntad para seguir el tratamiento, por duro que pueda resultar.

Los espasmos que sacudían el cuerpo de Alicia empezaron a disminuir. La droga estaba eliminando ya el síndrome de abstinencia.

—Rupp, ¿de veras lo crees así? —preguntó afligidamente.

—Estoy convencido de ello.

—Tú me has visto en situación abyecta, suplicando miserablemente un poco de droga...

—No eras tú, sino la otra persona en que te había convertido un miserable, por odio y para vengarse. No tienes nada que reprocharte; si acaso, yo, por no haberte avisado a tiempo de mi llegada. Pero quería darte una sorpresa.

Ella le acarició la mejilla.

—No digas nada, querido. Estás aquí, y eso es lo que importa. Black sonrió. Alicia empezaba a sentirse mucho mejor.

—¿Te das cuenta de tu aspecto? —preguntó él. La muchacha se sonrojó vivamente.

—Tengo algo de ropa en el dormitorio... Rupp, quiero decirte una cosa.

—Sí, princesa.

—Throsher no consiguió que yo cediese a sus pretensiones. Aunque hoy, sin duda...

—Olvidalo. Ya se acabó todo. Incluso Throsher. Está en el fondo del lago. Alicia suspiró hondamente. Ayudada por el joven, se puso en pie.

—Voy a vestirme... pero no me dejes sola un momento.

—Claro, princesa.

Minutos más tarde, salían de la casa. Ninguno de los esbirros se atrevió a cortarles el paso. Cuando llegaban a la barrera, vieron llegar *un jeep*, tripulado por Barrow.

—¡Rupp! —gritó el piloto.

—Llegas a tiempo, Pete. Estamos bien —dijo Black.

—¿Throsher?

El joven inspiró con fuerza.

—En el infierno —respondió.

* * *

El catamarán se balanceaba suavemente sobre las aguas, a una milla de la costa. Era más grande que el anterior e incluso disponía de una cabina cerrada, y un pequeño motor auxiliar. Black, tumbado en la proa, pereceaba al sol.

Una motora se acercó casi silenciosamente a la embarcación. Alicia saltó al catamarán. El piloto de la motora le entregó una bolsa de viaje. Ella agitó la mano.

—Puede volverse —dijo.

—Bien, señorita.

La motora retrocedió y luego viró aceleradamente para regresar a puerto. Black oyó el rugido del motor y se incorporó.

—¡Princesa!

Alicia le miró sonriente. Aún estaba muy pálida.

—Hola, pescador —dijo.

Soltó la bolsa y se quitó la blusa y la falda, para quedar con el traje de baño de dos piezas.

—Estoy completamente curada —dijo, al sentarse junto al joven, sobre la delgada colchoneta de espuma de goma forrada de rojo.

—Es la mejor noticia que he oído en los días de mi vida —contestó él. Alicia se recostó contra el desnudo pecho varonil.

—Rodéame con tus brazos —pidió.

—Claro, princesa. ¿Costó mucho?

—Los primeros días fueron terribles.

—Tú no quisiste que yo estuviera a tu lado. Te habría ayudado.

—Quería conseguirlo por mí misma. Deseaba curarme sin otra ayuda que la de los médicos. Y mi propia fuerza de voluntad.

—Lo has conseguido y eso vale más que todo el oro del mundo. Ya no tienes que temer a nada, Alicia.

Ella alzó una mano y le acarició el rostro.

—Pescador, ¿qué planes tienes? —preguntó.

—Los tengo aquí —contestó él, presionando suavemente la cintura de la muchacha con sus brazos.

—Entonces, han desaparecido tus escrúpulos.

—Creo que el dinero no será un obstáculo entre los dos.

—No, no lo será. Pescador, voy a decirte una cosa. Es muy simple: No puedo vivir sin ti. Ella suspiró largamente.

—Todo me parece una pesadilla... pero estoy despierta y los trances amargos han pasado ya...

—Ahora conviene olvidarlos —aconsejó él.

—Sí, es cierto. Quien no lo olvidará será Farhampton. ¿Sabes que lo detuvieron en Anchorage?

—¿Cómo?

Alicia se echó a reír.

—Fue una buena jugarreta y se la tenía más que merecida —dijo—. Al bajar del avión, ya en la sala de llegada de pasajeros, se le abrió el portafolios y los papeles se desparramaron por el suelo. Un policía le ayudó a recogerlos, pero, casualmente, vio el nombre de un viejo conocido suyo, un tipo que quería organizar la delincuencia de aquella ciudad. Naturalmente, empezó a investigar... y Farhampton y el otro, y muchos más, han ido a parar

a la cárcel.

—Se lo merecen —dijo él ceñudamente. Pensaba en Edwina, una mujer que había tomado el camino equivocado y a la que no le permitieron rectificar—. Pero, insisto, debemos olvidar todo.

—Sí, cariño... De todos modos, aún tienes que decirme dónde estuviste estos seis meses. Desapareciste por completo y...

—Oh, lo había olvidado —exclamó él repentinamente.

Se puso en pie, corrió hacia la cabina y volvió con algo en las manos. Era un objeto que despedía miles de chispas muy brillantes.

Alicia se quedó sin aliento.

—¡Dios mío! ¿De dónde has sacado eso? —exclamó aturdidamente, al ver el fastuoso *pendentif*, repleto de piedras preciosas de todas clases—. Vale una fortuna... Rupp, ¿no lo habrás...?

Black se echó a reír. Arrodillándose detrás de ella, empezó a sujetarle la joya al cuello.

—No pienses mal de mí —dijo—. Tuve que viajar a Oriente Medio. Allí tengo un buen amigo, un jeque del petróleo, que estaba en ciertos apuros. Había una compañía que quería unas concesiones y me pidió que le ayudase. Descubrí que todo era trampa y le evité un serio compromiso. Bueno, resumiendo, me pagó con un espléndido cheque... y luego abrió su cofre del tesoro y me dijo que eligiera la joya que deseara. No puedes imaginarte lo que había en aquel cofre; ni siquiera Aladino habría obtenido una cosa semejante con su lámpara maravillosa.

—Entonces, *el pendentif*...

—Pensé que era lo que podría gustarte más —dijo él sencillamente. Alicia se volvió y le miró con ojos llenos de pasión.

—Lo que más me gusta, lo que más quiero, eres tú, pescador —contestó. Black sonrió.

—Gracias, querida —dijo.

De pronto, se puso en pie y agarró la driza de la vela mayor.

—¡Princesa, al timón! —gritó—. Vamos a emprender un viaje a... bueno, no importa adónde, siempre que vayamos juntos.

Alicia corrió a la popa.

—¡Avante a toda vela, pescador! —exclamó, con las manos en la caña del timón.

El viento hinchó muy pronto las velas de la embarcación y la

hizo avanzar rápidamente.

Su rumbo era el de la felicidad para los dos tripulantes.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.